

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

Año 18. — N° 314.

SUMARIO.

Nafragio del clipper francés la Emperatriz del Brasil; grabado. — **Un ilustre ecuatoriano.** — **Canto épico á la batalla de las Navas de Tolosa.** — **Proyecto de un nuevo tunel por debajo de los Alpes;** grabados. — **S. A. I. el gran duque Constantino en el Piamonte;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Astronomia.** — **Valladolid;** grabados. — **La feria de las vanidades.** — **La vispera de Reyes en la Provenza y el dia de Reyes en la Bretaña;** grabados. — **El mercado de la Vallée en Paris;** grabados. — **Leyendas americanas.** — **Circulo de Sukahras (Argelia);** grabados.

NAUFRAGIO

DEL CLIPPER FRANCÉS

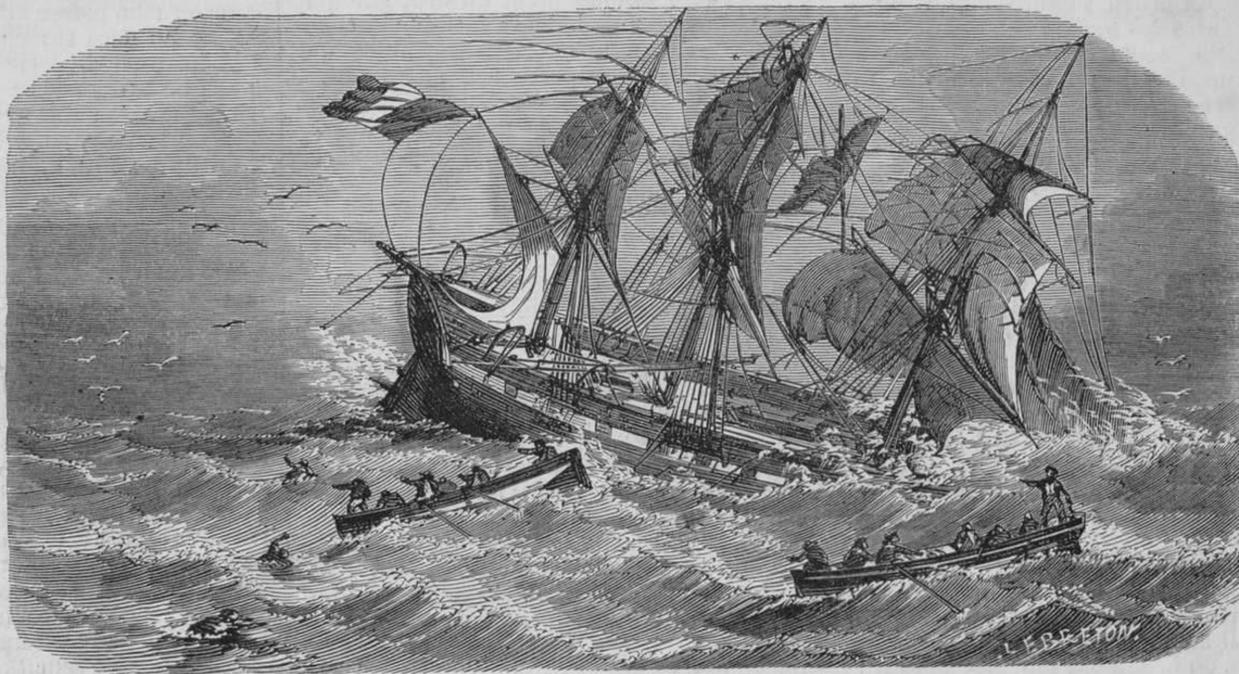
LA EMPERATRIZ DEL BRASIL

El parte del capitán Cheradame sobre este siniestro se reduce á lo siguiente : « El buque se iba á pique con una rapidez espantosa, y debimos pensar nosotros en abandonarle; mi segundo, M. Cauvin, que en tan triste ocasion dió muchas pruebas de celo y arrojo, quiso quedarse conmigo á bordo hasta

el último instante. Pero sin perder tiempo el segundo, el carpintero, el cocinero y yo tuvimos que arrojarnos á la mar, pues la *Emperatriz* se hundia; en un minuto todo desapareció; casco, arboladura, etc., quedando solo algunos restos que sobrenadaban en el remolino del golfo que el buque habia abierto. De los nueve hombres que habiamos quedado á bordo, solo dos pudimos salvarnos, mi segundo y yo, que tuvi-

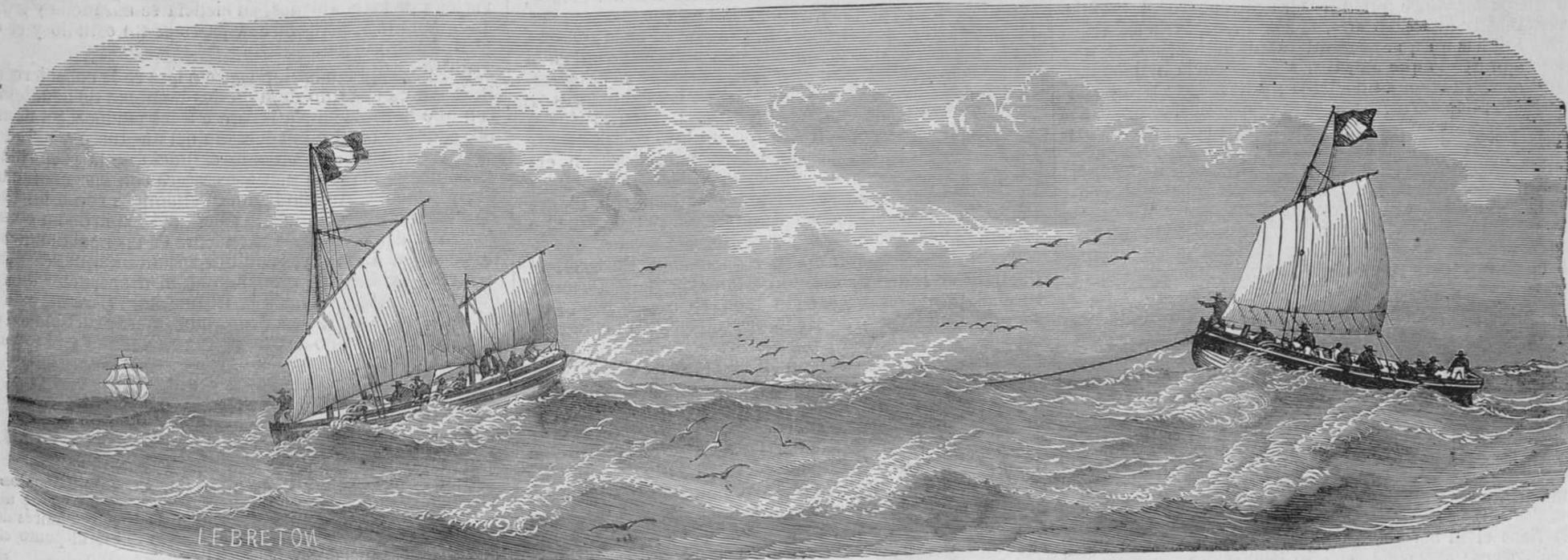
mos la suerte de ser recogidos por un bote. Después de haber buscado en vano á nuestros intelices compañeros, tomé el mando del bote y confié la direccion á M. Cauvin. El dia fué muy malo para las veinte y ocho personas repartidas en las embarcaciones; las mujeres y los niños se ahogaban de calor. Al otro dia á las diez, veinte y cuatro horas después de la catástrofe, pasó un buque sin notar nuestras señales; el desaliento era completo en nuestros viajeros; á las doce pasó otro buque, pero á larga distancia, y por último, á las cuatro de la tarde, el *Planter* de Nueva York, capitán Carlisle, vino á terminar nuestra penosa navegacion, recogiéndonos á bordo. »

Los dibujos que publicamos con estas líneas están hechos por M. Cauvin, cuya noble conducta en la catástrofe merece los elogios del capitán Cheradame.



UN ILUSTRE ECUATORIANO.

Es un error muy arraigado en Europa el creer á las Américas incapaces de producir hom-



NAUFRAGIO DEL CLIPPER FRANCÉS LA EMPERATRIZ DEL BRASIL.

bres grandes, como si la Providencia hubiera pretendido aclimatar las inteligencias exclusivamente en ciertas y determinadas comarcas del viejo mundo. Tal error es desde luego una blasfemia, porque pretende medir la inmensidad de las divinas larguezas á la estrechez de una envidia egoísta y mezquina; es además la negación mas absurda de toda realidad histórica, y el mayor insulto que puede hacerse á la noble inteligencia humana, que la misma por su naturaleza en todos los hombres, puede, por do quiera, remontarse hasta lo mas encumbrado.

Nada mas comun en Francia é Inglaterra especialmente, que hablar de los habitantes del Nuevo Mundo como pudieran hablar de los de la Oceanía. Encómianles sí, al parecer, y haláganles sobremanera (permítansenos la comparación trivial) como la zorra de la fábula al cuervo, cuando se quiere explotar oro, plata, metales, plantas, frutos y todo lo mas precioso que hallan en esas feraces regiones. Se quiere que la Europa sea un *Bazar americano*; mas una vez logrado el intento, se desprecia del modo mas insolente al incauto y honradísimo habitante de las Américas, que ve salir de su suelo lo mas florido que hay en él, sin conseguir de sus esquilimadores ni aun los miramientos que la simple civilización demanda.

¿Quién en Europa piensa que allá en la república del Ecuador hay una población, en donde, como en todas las de América, se encuentran hombres desprendidos de todo y que consagran sus vidas ante las aras de la patria, en provecho de sus semejantes; hombres heroicos en su esfera, como los pudiera haber en Europa, aunque en mas dilatado campo? ¿Quién piensa en Cuenca, ciudad subalterna de la república del Ecuador? Se conoce Guayaquil... por el comercio, por el agio, por la plata en fin, hé aquí todo; pero algunas leguas mas adentro, el orgullo europeo no se digna tener la vista.

Sin embargo, creeríamos faltar á nuestro deber de ecuatorianos y de patriotas, si dejásemos mas tiempo pasar oculta con patriotado velo una de esas vidas que cual fanales alumbran todo un hemisferio. Descorramos este velo, sin que el humilde, el virtuoso, el magnánimo varón á quien ansiamos dar á conocer, suponga de mil leguas nuestro proyecto: lo haremos tributando un homenaje verdadero á nuestra patria, y un justo reconocimiento al que tan digno fuera de los mas espléndidos laureles.

Este personaje ilustre es el R. P. F. Vicente Solano, natural de Cuenca, ciudad de la república del Ecuador. Entró muy jóven en la religion del orden seráfico de San Francisco, y ha pasado en ella los dos tercios ya de su vida, siendo su perenne anhelo la práctica de las virtudes, en el grado que conviene al instituto que profesa, y el cultivo de su inteligencia con estudios tan profundos como variados: de este modo llegó á ser muy en breve un ejemplar de vida religiosa, á la par que un eminente y ameno literato. Un alma ardiente, una inteligencia elevada y activa, un amor decidido por su país en particular y por la humanidad en general; hé aquí las cualidades que desde luego le distinguieron: y de un tal hombre, ya se ve, siendo el mejor presente que á un pueblo hiciera la Providencia, ni sus virtudes han podido ser estériles para los otros hombres, ni la ciencia que le adorna, quedar sepultada en los estrechos límites y silencio de un claustro. Al contrario, vemos que el país en donde ha vivido, aprovecha de su influjo; y la religion católica, lacerada y atacada en varias repúblicas de América, reivindica sus derechos con la virtud del R. Solano, que le da prestigio; y con la fuerza de su doctrina que disipa las tinieblas en que sus enemigos quisieron envolverla.

Como sacerdote regalar, sus deberes podian circunscribirse á su propia santificación; pero como si esto le pareciera un egoísmo, su virtud tiende á difundirse entre todos sus conciudadanos. Desde muchos años á esta parte, le encontramos siempre en la cátedra sagrada, infundiendo en el alma de sus oyentes el amor puro y la luz de la verdad; con tanto celo como si fuera un pastor sobre quien pesara un deber. En las diversas festividades del año, la concurrencia de los fieles á las iglesias en que predica, es numerosa, por el inmenso prestigio que su saber y elocuencia han sabido dar á la virtud y á su doctrina: y llegado el tiempo de cuaresma, ha sido él, durante muchos años, el predicador infatigable de los ejercicios espirituales, así de los simples fieles como del clero. Tanto celo, su vasta ciencia, el conocimiento profundo del corazón humano, la singular maestría de amenizar sus doctrinas con las bellezas de la literatura y ciencias profanas, y un estilo correcto, animado y conciso, le han granjeado con razón, no solo la benevolencia de los que le escuchan, sino aun el justo renombre de primer orador de la nación (1).

Tan interesante como su virtud es la vida literaria del R. Solano, para quien, desde los primeros años de su juventud, han sido familiares los escritores clásicos de Roma, y los poetas en particular; así es que, en las horas de reposo, el arte poética de Horacio era su recreo; llegando á leerlo muchas veces y con diversos comentarios, por el grande aprecio que de este poeta hacia. Como prueba de su delicado gusto por los clásicos latinos, tenemos de él una traducción de la *Guerra Catilinarina* de Salustio, publicada el año 51 en Cuenca, é

(1) Tiene el R. Solano una colección de sermones predicados en Cuenca; algun dia, con su publicación, será plenamente justificada mi asercion ante los que no le han oído.

ilustrada con notas muy interesantes. Este es el primer ensayo hecho en la América meridional sobre la elocuencia romana en el idioma patrio.

Su aplicación á las ciencias le ha suministrado conocimientos variados sobre la geometría, la geografía, la astronomía, el derecho público y la historia natural; pero ha cultivado la botánica con mas esmero y preferencia, atraído quizá por la simpática belleza de la flor; que realiza en parte el bello ideal que en su corazón existe. Juzga que esta ciencia jamás tendrá perfección en América, si escritores indígenas no dieran á conocer á la Europa innumerables plantas que ocultan todavía los bosques americanos; y que la *flora ecuatoriana* por sí sola ocuparía muchísimos volúmenes. En esta idea se ha confirmado con la lectura de los trabajos de Humboldt y Bonpland, publicados por Kunth; porque esta obra, aunque por otra parte muy útil, tiene innumerables defectos en las descripciones, y apenas contiene una pequeña parte de las numerosas plantas ecuatorianas desconocidas. Dos opúsculos ha publicado sobre este ramo, con los títulos de: *Primero y segundo viaje á Loja*, respectivamente, que afirman lo dicho y prueban sus avanzados conocimientos botánicos.

Por su profesion, el R. Solano ha estudiado la teología con esmero y tiene vastos conocimientos en la disciplina de la Iglesia. Publicó hácia el año 28 una obra titulada: *La predestinación y reprobación de los hombres segun el sentido genuino de las Escrituras y de la razon*, cuyo objeto fué contener los vicios dominantes de la época; mas este opúsculo, cuya composición le costó al autor muchas vigiliass y una lectura asidua de los P. P. y teólogos, experimentó innumerables contradicciones. Ni cómo pudo ser de otro modo! Expuesto al juicio de todos, muy pocos contradictores habia competentes en la materia; y aun estos, no estaban acostumbrados á sacudir el polvo escolástico. El autor opuso escritos luminosos, y redujo al silencio á sus detractores, que le llamaban hereje, novador, etc.; hasta que en el año 52 mereció la explícita aprobación del Ilustrísimo y Reverendísimo fray José Manuel Plaza, obispo de Cuenca.

Muy difuso seria presentar aquí la lista de todos sus escritos; omitiendo algunos, por ahora, hablaremos tan solo de los mas importantes.

Bosquejo de la Europa y la América en 1900. Con este título dió á luz una obra enteramente original que contiene predicciones de un político profundo acerca de lo porvenir de ambos mundos; y el drama, anunciado por el autor en 1838, comenzó á representarse ya entre la Rusia y los reinos occidentales de la Europa, sin que podamos lisonjearnos hoy de haberse terminado completamente la escena. Del mismo género político fué un proyecto titulado: *El Imperio trasandino*, emitido por este religioso en tiempo de Bolívar, que tan universalmente y con sumo elogio fué leído: ganándole á su autor altas consideraciones y respeto de la parte de Bolívar.

Pero en donde ha brillado mas el saber y energía del R. Solano, es en tantas polémicas y en tantos ataques contra la religion en general y la iglesia americana en particular, que han surgido de todas partes. En 1833 defendió con calor y celo las inmunidades y derechos de la Iglesia, en un folleto titulado: *Bienes eclesiásticos*. En 1835 sostuvo una muy larga polémica en defensa del provisorato de la persona que lo desempeñaba entonces; refutando victoriosamente cuantos ataques suscitaron los enemigos contra la disciplina de la Iglesia.

El *Semanario Eclesiástico*, el *Eco del Aruay*, el *Telescopio*, la *Alforja*, la *Luz* y las *Cartas ecuatorianas*, son otros tantos periódicos redactados por él solo, en defensa de la religion y de la Iglesia, con glorioso triunfo. No hablaremos aquí en detalle sobre la materia de todos estos escritos, por ser muy vasta; contentarémonos con indicar el asunto de los dos últimos, por la gloria particular que tienen.

El un periódico, que es la *Luz*, tuvo por objeto depurar la fe de los ecuatorianos y librarla del contagio de los errores sancionados en la constitucion del Estado, por el congreso de 1843, sobre *tolerancia privada en materia de religion*. En época tan luctuosa, cada número de la *Luz* era lo que debió ser, una antorcha verdadera de las ciencias, y su aparición periódica la aguardaban todos con avidez; de modo que los ejemplares se agotaban en la oficina misma de la imprenta. Mucho contribuyeron tambien á su mérito los artículos sobre historia natural, propios del autor, publicados en él; porque satisfecha la conciencia de los lectores y esclarecidas sus dudas en la cuestion principal con el artículo de fondo, en los otros hallaba la razon delicioso recreo.

El otro periódico es: *Cartas ecuatorianas*. En 1839, el ilustrísimo Jimenez, obispo de Popayan (en la Nueva Granada), mal aconsejado sin duda, cooperó á la supresion de un convento de Pasto, decretada por el congreso granadino; y el P. Solano, cual esforzado centinela de la casa de Israel, se empeñó en vigoroso combate contra semejante conducta. Derrotado luego por él este prelado, la prensa del Ecuador tomó su defensa; y entonces fué cuando dió al público las célebres *Cartas ecuatorianas*. Esta colección consta de 19 cartas, y fué publicada en la polémica que sostuvo contra don Antonio José Irisarri, que en el Ecuador estuvo entonces. — Irisarri, hombre de talento, defendia la enunciada mala causa, y su contendor le redujo á silencio. Las *Cartas ecuatorianas* contienen rasgos importantes sobre la literatura, la política y las ciencias, y cada contendiente publicaba lo que sabia.

En suma la ciencia del R. Solano ha sido el baluarte de la religion y de sus instituciones, contra el cual han tenido que estrellarse y caer en polvo las opiniones antireligiosas de América y del Ecuador sobre todo. Los gobiernos mismos del Ecuador no han podido sustraerse á sus ataques, cuando el error ó el despotismo han pisado el trono; y esto se comprende muy bien, conociendo el desprendimiento absoluto de todo sentimiento de ambición, que este religioso depuso de su corazón juntamente con el mundo. Si hubiera tenido algunas aspiraciones, muy extendido campo tenia delante en tiempo de Bolívar; y con solo su querer hubiera podido elevarse á las dignidades mas encumbradas de la política y de la gerarquía de la Iglesia americana; pero jamás ha querido trocar por nada el humilde sayal que viste, ni dejar la soledad amable de su pobre claustro. Antes bien, los empleos y dignidades han sido para él un martirio; el retiro, sus libros, el estudio... han sido sus mayores riquezas y honores. Por esto renunció el obispado auxiliar de Cuenca, para el que fué nombrado en 1852 por el congreso; y tal vez esta renuncia es el único sentimiento que dejará en el corazón de sus compatriotas, habiéndoles privado con ella de los felices resultados que de él aguardaban.

Así pues, concretando nuestras ideas, diremos: que el R. Solano, amante de la religion, enemigo del despotismo y partidario de la libertad popular, ha sido y es ejemplo de virtud, gloria de su nación y triunfo de la Iglesia americana. Sus doctrinas, emitidas desde 1828, han sido tan puras como la fuente de donde emanan; y su talento tan brillante como los de Chateaubriand, Balmes, Donoso Cortés y Montalembert, glorias del catolicismo.

Réstanos ahora dar únicamente una ojeada rápida sobre su persona y vida privada, para conocerle mejor. Bastaría, á quien viere al R. Solano, mirar el exterior de su persona para encontrar luego en él al religioso y al sabio. Su estatura es pequeña, su semblante el de un religioso austero, macilento y flaco; su frente espaciosa en que da visos el pensamiento; sus ojos luminosos y vivos, á cuyo mirar penetrante y sereno acompaña un aire noble de reflexión y pensamiento.

Su habitación es una pobre y desnuda celda, donde sin embargo hay una recámara bien atestada de libros y en buen orden. Inherente á ella está un pequeño jardín con entrada por la misma celda, estrecho, con árboles elevados y frondosos, cercado de antiquísimas y altas murallas de un melancólico aspecto, y en cuyo conjunto y contraste siente quien lo mira desvanecerse del corazón todo placer voluptuoso: un pensamiento sublime se apodera sin embargo del alma, y á la virtud solo correspondió decir si en ello se goza. No hay en él mas que un corredor ó galería, tan pobre y desnuda como la celda; una simple mesa en el extremo, arrimada á un largo poyo, y sobre ella un crucifijo, un tintero y un libro: aquí en esta galería recibe de ordinario sus visitas.

Accesible á todos, en su celda se ve gente de condicion diversa, porque todos afluyen donde él en busca de instruccion en sus dudas ó de consuelo en sus dolencias; pero en sus coloquios lo que mas le distingue es cierto tino en no parecer de mas talento que aquel con quien habla.

Su ordinario paseo es á la caída del sol, y por una deliciosa alameda que borda las orillas del hermoso río (1) que baña la ciudad; allí encuentra flores á cada paso que le sirven de recreo, no solo al corazón por la belleza, sino aun á la inteligencia por el científico análisis que de ellas hace. Tal es su distracción cuando va solo, porque si lleva compañía el paseo lo acaba en instrucciones y amenos coloquios, siendo raro que el compañero no adelante en conocimientos ó en virtud por el ejemplo. De tiempo en tiempo sale tambien lejos de Cuenca á pasar sus temporadas en el campo, y allí es recibido por los sencillos moradores como una bendición del cielo, porque su presencia instruye, edifica y consuela. En sus correrías de desahogo por los amenos verjeles de los contornos, su ciencia se ensancha y gana en la botánica, porque cada paseo es un estudio y cada planta una lección.

En fin bajo cualquier aspecto que se le considere al R. Solano, él es uno de aquellos hombres de bendición con que la Providencia favorece á los pueblos. Su nombre será inmortal en el corazón del afectuoso y agradecido ecuatoriano, y cuando el juicio de la posteridad comience para él, su nombre crecerá con las generaciones y los años. Hoy no le faltan enemigos como los tienen los hombres de mérito; pero del fondo de su corazón los ha perdonado, y su virtud es el crisol donde se depuran las amarguras con que intentan aquellos acabar su existencia; y cuando en el despertador de la eternidad hubiere sonado la última hora para él, comparecerá ante el Hacedor Supremo, puro, acrisolado y grande, con el ramo de oliva en la una mano y el evangelio en la otra.

IGNACIO ORDOÑEZ,
presbítero.

Paris 21 de diciembre de 1858.

(1) El *Vado*, uno de los afluentes principales del caudaloso Marañon, cuyo nombre varia segun el espacio que corre; así es que toma el mismo río á ciertas distancias los nombres de Chaulabamba, Paute, Jordan, etc., hasta llegar al punto en que con la confluencia de otros se llama Marañon.

Canto épico.

A LA BATALLA

DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Esta victoria la dió N. Señor á la Cruz : y destruyó Dios el escuadron de los moros con el cuchillo de la Cruz.

BLEDA. — Crónica de los moros de España, lib. IV, cap. 2.

El triunfo de la cruz canto y la gloria
Por españolas armas conseguida;
El esplendor, el lustre, la victoria,
De aquella noble hueste esclarecida
Que nos presenta la brillante historia,
Por el orbe admirada y aplaudida;
Que humilló la altivez del africano,
Y elevó la grandeza del hispano.

¡Oh tú, inmenso poder! que refulgente
Moras en el espacio luminoso :
Que inspirastes á Homero su estro ardiente,
Y á Virgilio su númen poderoso;
Que de Milton ornastes la alta frente,
La del Tasso y Ercilla belicoso,
Haz que mi lira blanda y acordada
Resuene con mi musa concertada.

El solio soberano de Castilla
Por el octavo Alfonso dominado,
Se ostentaba con noble maravilla :
Prudente, activo, intrépido, esforzado,
Desde su firme y encumbrada silla,
Miraba su dominio asegurado;
Vertiendo lumbre pura, hermosa y bella,
Cual en noche sombría clara estrella.

Cuando Mohamed, el bárbaro africano
Que de Bética hollaba el fértil suelo,
Amagaba insensato, altivo, vano,
Despreciando arrogante tierra y cielo,
Al belicoso esfuerzo castellano,
Y en iracundo y codicioso anhelo
Amenazaba al pueblo que animoso
En Asturias se alzó grande y glorioso.

El estrago, la muerte, la ruina
Intentaba esparcir soberbio, osado,
Por la margen del Tajo cristalina;
Y á su yugo infernal mirar atado
Su hermoso estadio y su mansion divina,
Su príncipe querido y ensalzado;
Y á Aragon, á Navarra, al mundo entero
Aherrojar en cadenas altanero.

La santa indignacion, el justo enojo
Cundió por la animosa muchedumbre
Que se mostraba con honroso arrojo
En la elevada y eminente cumbre
De su esplendor, que nunca fué despojo
Ni en su fe, ni en su ley, ni en su costumbre
De su odioso enemigo; y que segura
Alzó una nueva España hermosa y pura.

Publicó el reto la parlera fama;
Con estridente tono repetía
El funesto clamor, y ardiente llama
Que en los heróicos pechos difundía :
A todo corazón su fuego inflama;
Elevaba el arrojo y bizarría,
Y reflejaba en todo el vasto imperio
Y en toda la extension de su hemisferio.

En la invicta Toledo y suntuosa
Recibió Alfonso la funesta nueva
Que corrió por su pueblo procelosa :
Su espíritu arrogante se releva :
En su imaginacion firme, ardorosa,
Y en su mente impertérrita, se eleva
Aquella insigne y célica arrogancia,
Hija del heroísmo y la constancia.

Batió el genio del mal fiero, inclemente,
Las negras elias, y anublado el día
Consternacion y miedo tristemente
En la sencilla turba se extendía :
De Mohamed ensalzaba y de su gente
El esfuerzo y poder que mantenía,
Y su seguro triunfo proclamaba
Y esclavitud y muerte presagiaba.

Perdió el cielo su luz : el campo ameno
Sus flores, su fragancia y su rocío :
Retumbó el estridente y rudo trueno :
Quedó el espacio pálido y sombrío

De fulgor macilento y horror lleno :
Enturbió su corriente airado el río,
Y en sombra melancólica y oscura
Se vió la hermosa faz de la natura.

En su exaltada mente el castellano
Vió en confuso tropel fieros atletas
Que guerreaban con furor insano
Entre nubes y pálidos planetas :
Vió un embrión impuro mauritano
Por los aires vagando : sus trompetas
Con iracundo esfuerzo resonaban,
Y á los aéreos guerreros impulsaban.

Vió en fin aparecer raudo y valiente
Un escuadron angelical y alado
Que á la atrevida masa é insolente
Acometió resuelto y denodado ;
Su poder destruyó fiero inclemente
Cuando se alzaba al triunfo deseado,
Y quedó entre celajes disipada
La espantosa ilusion ensangrentada.

Brilló de nuevo el sol; su luz divina
Iluminó la trasparente esfera,
Que tornó á su hermosura peregrina;
Cobró su esmalte el bosque y la pradera;
Corrió el agua risueña y cristalina;
Y al cesar la contienda lastimera,
El insigne español respiró airoso
Y se mostró resuelto y animoso.

Con altivo entusiasmo y santo anhelo
Alfonso el estandarte castellano
Tremoló arrebatado por su cielo,
Y sus plegarias elevaba ufano
Al Supremo Hacedor, que al patrio suelo
Su auxilio le prestó con franca mano,
Y en su amor celestial se confiaba
Y á las armas su pueblo concitaba.

Ordenó sus airosos escuadrones;
Reforzó con su bélica constancia
Sus tercios, sus lucidos batallones;
El auxilio alcanzó de Italia y Francia;
Convocó sus prelados é infanzones;
Y con noble ardimiento y arrogancia,
A la tiara le pidió ardoroso
Su bendicion y amparo poderoso.

Ella con su doctrina y penitencia
El dominio de Alfonso aseguraba;
Sus preces elevaba á la presencia
Del Supremo Hacedor al que clamaba :
De la cruz adorando la excelencia,
A la cruz la victoria demandaba;
Y con sus repetidas oraciones
La reunion alcanzó de las naciones.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(Se continuará.)

Proyecto de un nuevo tunel por debajo de los Alpes.

CAMINO DE GAP A PIGNEROL.

De todos los pasos que sin ser accesibles á los carruajes ponen ya en comunicacion la Francia con la Italia á través de los Alpes, no se encuentran otros mas fáciles y frecuentados que los de las gargantas de la Cruz y de la Argentiére.

Hacia entrambos se dirigen ya dos carreteras; por el valle de Barcelonnette el nuevo camino se encuentra en el día á pocas leguas de la Argentiére, y por el valle del Guill se puede ir ya en carruaje hasta el fin de la garganta de la Cruz.

Antes de emprender la construccion de esta via por las mesetas de la montaña, se ha pensado en los medios de proseguirla por los flancos.

La cordillera de los Alpes no tiene en ese punto mas que un grueso de 3,460 metros, lo que se explica por la elevacion considerable de la cresta. Un tunel accesible á los carruajes que la atravesara de parte á parte, pondria en comunicacion directa la Francia y el Piamonte.

Fáciles son de comprender las ventajas que proporcionaria esta linea. Puestos en comunicacion los dos valles que separa la garganta de la Cruz, se completarian, digámoslo así, el uno por el otro; el de Luserne ó del Pelis por el lado del Piamonte es fértil y productivo, pero poco industrial; el del Guill ó del Queyras en Francia (departamento de los Altos Alpes) es muy industrial, pero poco fértil. Por término medio pasan de uno á otro por la garganta de la Cruz veinte y seis viajeros cada día; y la tercera parte del año esta garganta se encuentra casi impracticable, de modo que perecen por término medio cinco viajeros anualmente.

El número de víctimas será menor en lo sucesivo por la creacion de una casa de refugio (asilo Napoleon) en la parte superior de la montaña.

La abertura de un tunel en la base de la montaña haria buenas las comunicaciones constantemente y se acabarian las desgracias, pues quedaria suprimida la parte mas peligrosa del trayecto.

Estudiado este proyecto por los ingenieros de entrambos paises, ha recibido ya en uno y otro la sancion de los Cuerpos constituidos llamados á pronunciarse sobre la oportunidad de su ejecucion.

El consejo de Briançon y el consejo general del departamento han emitido el voto de que el camino de Pignerol á Gap sea completado por una via subterránea abierta en el territorio francés, entre las aldeas de Monta y Chalp, y por el lado del Piamonte en la parte superior del Pelis.

El consejo provincial del Pignerol opinó de la misma manera. El marqués de Tora, diputado en Turin, aceptó la presidencia de una comision que debe preparar la ejecucion de las obras.

Expliquemos ahora las ventajas de este gran proyecto.

El camino de Gap á Pignerol por el valle Queyras y el valle Luserne seria la linea mas directa entre el Mediodía del Delfinado y el Norte de la Provenza con la Italia. A partir de Embrun este camino presentaria una ventaja de 32 kilómetros sobre el de Mont Genevre para ir de Marsella á Turin.

Digamos de paso que esos dos valles tan diversos por su clima y sus producciones, no lo son menos por el carácter de los cuadros que presentan.

Nada mas silvestre que la parte superior del Pelis, donde debe desembocar el tunel proyectado por el lado del Piamonte; el punto de su abertura está señalado á la derecha de una aldea hácia los dos tercios del valle. Este valle se prolonga mucho encajonándose mas y mas entre montañas enormes donde solo crecen plantas microscópicas; los hundimientos parciales de las rocas han retenido por intervalos las aguas nacientes del Pelis formando pequeños lagos ó estanques sobrepuestos.

El primero de estos lagos situado detrás de un promontorio, se llama el *lago de Marconseil*, nombre que proviene de la contraccion de estas dos palabras: *marri conseil*, y hé aquí en qué circunstancias la leyenda supone que se dió un «mal consejo» en sus orillas:

«Había antiguamente un pastor que recogiendo su rebaño contó que le faltaba una oveja. Buscándola llegó á las márgenes del lago que encontró cubierto de hielo y velado con una niebla ligera. Sin embargo, en la orilla opuesta se le apareció una forma humana que seguia sus movimientos por todas las direcciones que él tomaba.

» Al cabo se detuvo, y la figura se paró tambien; era una jóven que le hizo señal de que se adelantara. El pastor entró en el hielo; pero apenas habia andado algunos pasos, la frágil superficie se rompió y desapareció para siempre. Desde entonces, de resultas de las fatales consecuencias que tuvo para él tan pérfido consejo, dieron al lago el nombre de *Marconseil*.»

Cuando se llega á la aldea del Pra en los Pelis, se descubre un inmenso anfiteatro de ventisqueros ó de montañas, en cuya falda cesa toda vegetacion elevada; subiendo un poco mas, se ve sobre sus últimas cumbres la pirámide brillante y majestuosa del monte Visol.

Al bajar al valle la naturaleza cambia prontamente, y el viajero puede pasar en tres horas de la region de las nieves á la de las viñas y las higueras.

En el camino se encuentra la cascada de Mirabouc, que se ostenta en toda su hermosura cuando están crecidas las aguas.

Las ruinas del fuerte de Mirabouc situadas á poca distancia no ofrecen mas que algunos vestigios indignos por sí mismos de llamar la atencion, pero que despiertan muchos recuerdos históricos.

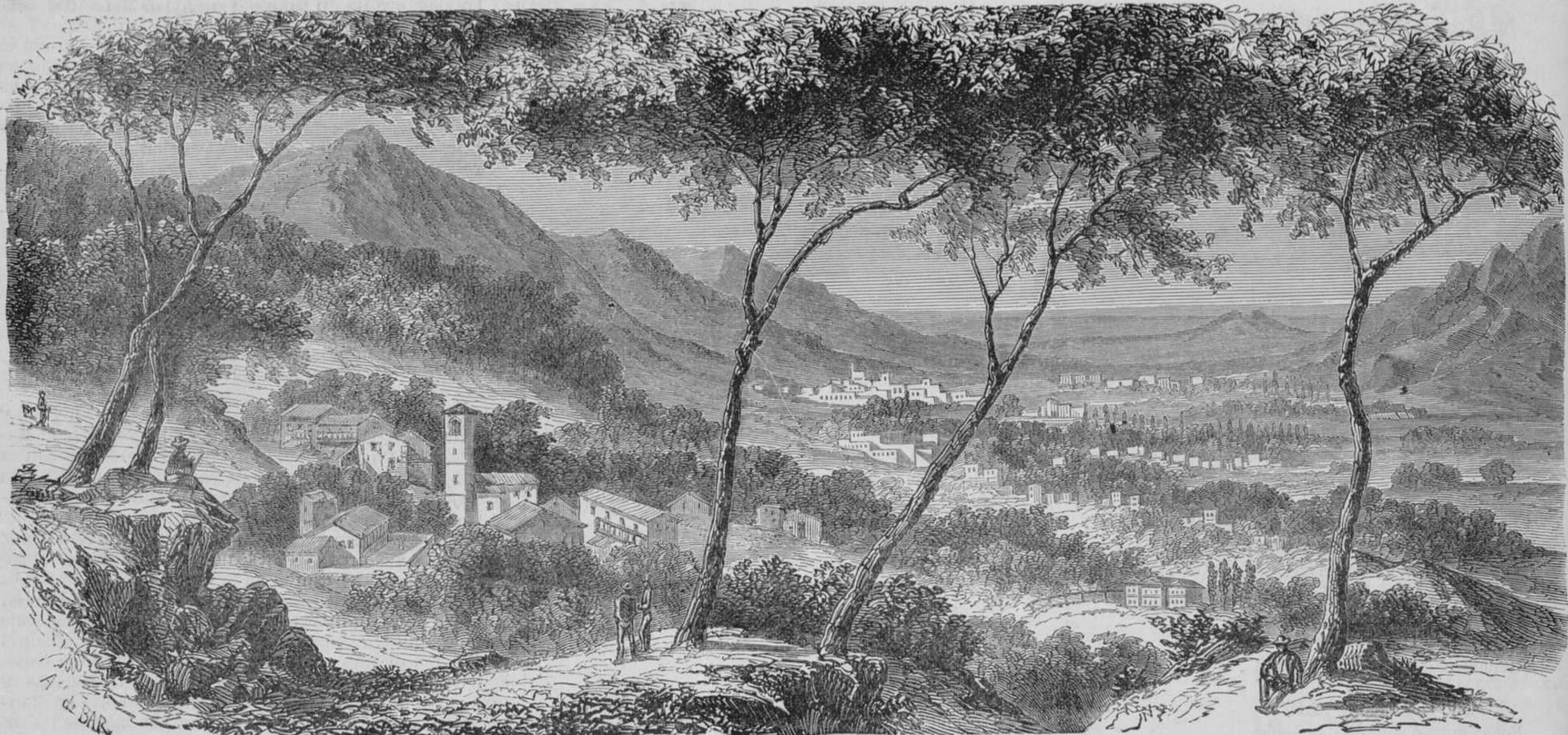
Mas abajo Villeneuve y la Ferrière muestran ya señales de cultivo; pero hasta Bobi la naturaleza no cambia en realidad. El valle se extiende entre montañas cubiertas de árboles por un lado y de viñedos por otro. En las praderas se ven muchos grupos de castaños y nogales.

Parece un canastillo de pámpanos lleno de verdura y de flores. Las casas blancas de la aldea brillan allí como conchas en los bordes sombríos del mar. Una montaña extraña los domina; es el monte Bariound, alta pirámide de doble punta, pero casi perpendicular por la cara que cierra el valle. Las rocas casi inaccesibles sirven de retiro á las águilas.

En cambio la abertura del valle por el lado del Piamonte ostenta una riqueza de vegetacion que forma el contraste mas notable con la desnudez desolada de las cuestas abruptas del Pra. Por la mañana sobre todo, cuando el rocío brilla en las yerbas con los primeros rayos del sol, es un verdadero estuche de pedreras montadas en flores.

No lejos de esa vasta llanura se destaca un monte aislado en forma de pirámide, cubierto de viñedos por el Sur y de árboles por el Norte. Llamán á esta colina la *Roca de Cavour*. A su falda se extiende el pueblo de Cavour, cuna de la familia de uno de los hombres de Estado mas ilustres de nuestro siglo.

Por el lado de Francia, el valle del Guill presenta un carácter muy distinto. Las últimas aldeas que se encuentran son las de la Monta y la Chalp, entre las cuales debe abrirse el tunel proyectado, precisamente en la hondonada que separa las dos montañas que se ven en el fondo del dibujo. Esa hondonada es una garganta, pero mas inaccesible que la de la Cruz: se llama garganta Alberto ó de la Victoria, y no está frecuentada.

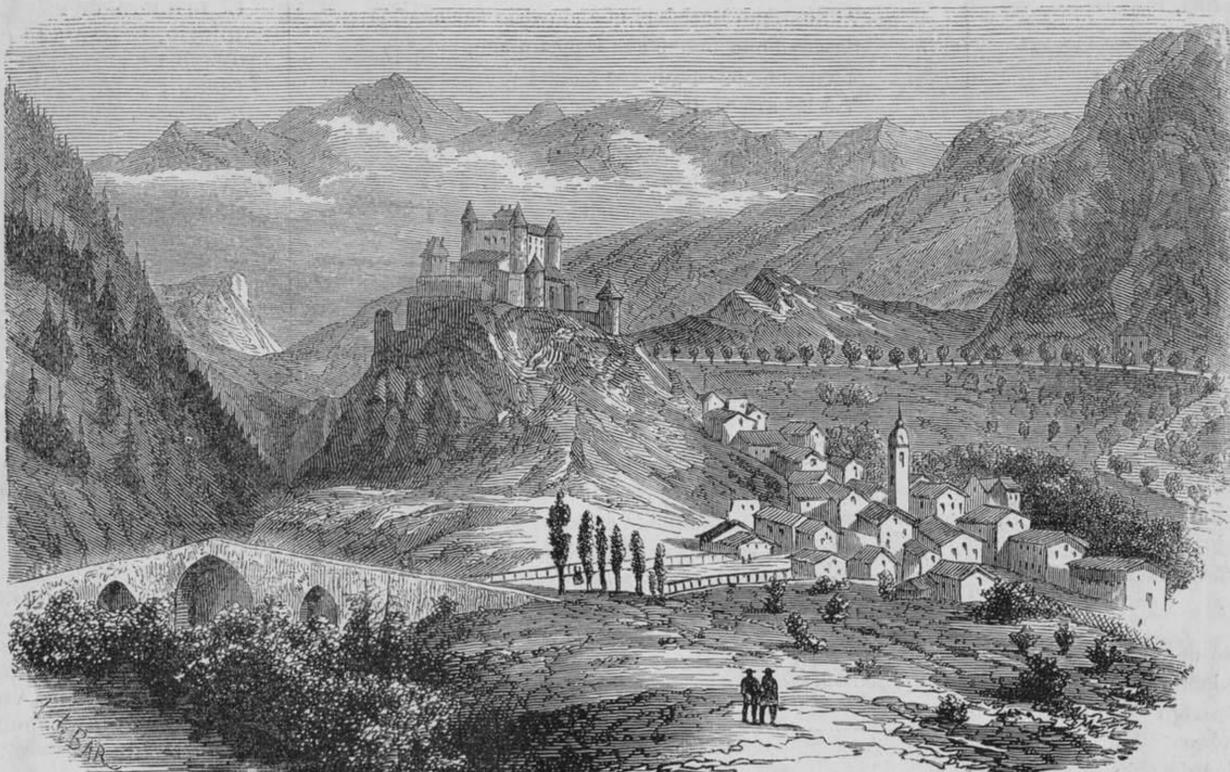


PROYECTO DE UN NUEVO TUNEL DEBAJO DE LOS ALPES. — Valle de Luserne. — Vista de la aldea de Copiers en su salida sobre la llanura del Piamonte.

Siguiendo el curso del Guill se hallan sucesivamente las aldeas de Ristolas y de Abries, y luego las de Aigüilles y del castillo Queyras; esta última es notable por el castillo fuerte cuyo nombre lleva.

Las dificultades que presentaba el trazado del nuevo camino en ese punto, se vencen fácilmente evitando el trayecto de la aldea situada en el declive de la cuesta adonde sube por un camino demasiado directo para que pudiera ser accesible á los carruajes. Aumentan el efecto pintoresco de esta aldea las fortificaciones que la coronan.

El valle se estrecha después y no ofrece mas que algunas habitaciones aisladas en una extensión de 15 á 20 kilómetros; en seguida viene un terreno con una vegetación mas suave. Allí se encuentra una casa donde se supone que paró

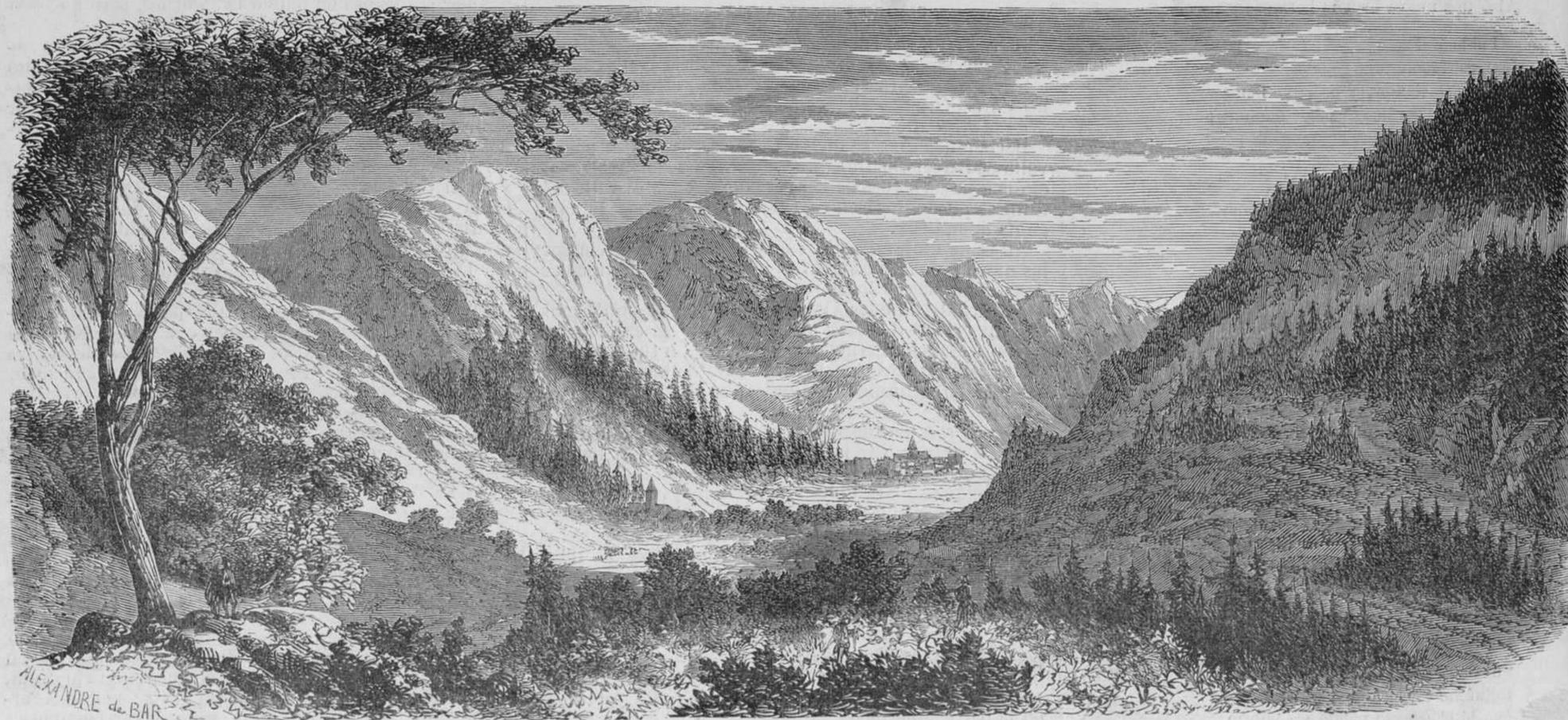


TRAZADO DEL NUEVO CAMINO ABIERTO YA DETRAS DEL CASTILLO DE QUEYRAS.

Luis XII cuando fué á Italia: la llaman la *casa del rey*.

El Guill se aproxima al Durance; el valle de Queyras se acaba; pero como si hubiera querido reunir en un último cuadro los efectos mas poderosos de sus montañas, las rocas se levantan, el monte se hace mas espeso; los alerces medio destrozados por la tormenta cuelgan sobre el abismo donde muge el Guill casi invisible. Desde ese punto se va escondiendo hasta que acaba por desaparecer completamente entre Guillestre y Montdauphin.

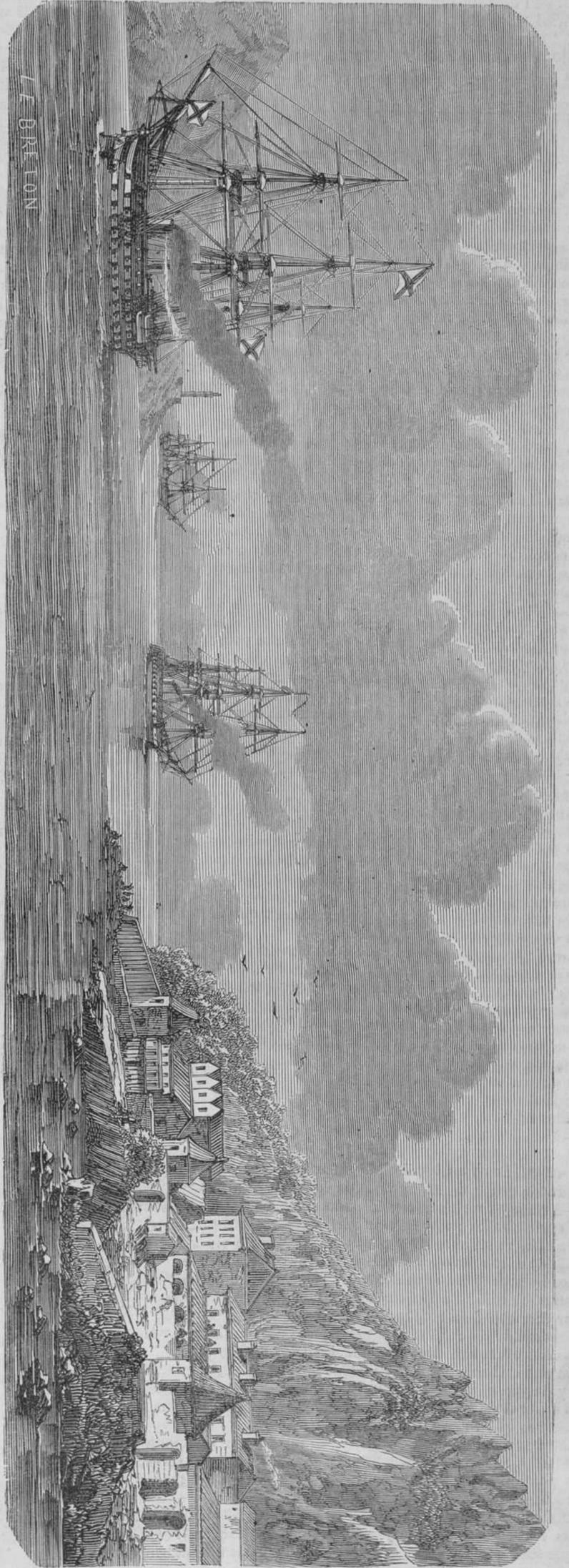
Esa parte del valle estaba casi inaccesible hace pocos años; pero en el día la recorren carruajes que pueden llevar viajeros desde Guillestre hasta la falda de la garganta de la Cruz; y si el tunel proyectado se efectúa, esos carruajes podrán seguir hasta el territorio italiano. A. M.



ULTIMO CONTORNO DEL VALLE DE GUILL, DONDE DEBE DESVIAR EL NUEVO TUNEL POR EL LADO DE FRANCIA ENTRE LA CHALP Y LA MONTA.

Su Alteza imperial el gran duque Constantino en el Piamonte.

Después de la corta visita que hizo el gran duque Constantino con su señora y sus tres hijos á la corte de Turin, donde el rey Victor Manuel y su hija la princesa Clotilde les dispensó la acogida mas afectuosa y cordial, sus AA. II. salieron para Génova, donde se embarcaron en la escuadrilla que les esperaba en el puerto.



ENTRADA DE LA ESCUADRA RUSA EN EL PUERTO DE VILLAFRANCA.

Esta escuadrilla compuesta del navío *el Retvizan*, á cuyo bordo se hallaba la gran familia ducal, de la fragata *Polkan* y de la corbeta *Bayan*, buques pertenecientes á la marina imperial rusa, entró el 6 de diciembre último en el puerto de Villafranca, que es hoy un punto de escala de la Rusia.

En cuanto los buques fondearon en el puerto y después de los saludos de costumbre, el intendente de Niza, señor de La Marmora, el general y el cónsul de Rusia, pasaron á bordo del *Retvizan* para anunciar los preparativos de una recepción oficial, cuyo honor declinaron con la mas viva insistencia SS. AA. II.

En consecuencia de esta determinación, en vez de bajar al arsenal de la



DESEMBARCO DE S. A. I. EL GRAN DUQUE CONSTANTINO EN EL PUERTO DE VILLAFRANCA, EL 6 DE DICIEMBRE DE 1858.

ciudadela de Villafranca donde les esperaba toda la guarnición desde las cuatro de la mañana, SS. AA. II. se apresuraron á desembarcar en el muelle de los Pescadores, de donde en la ausencia de un carruaje y una escolta que llegaron tarde, se dirigieron á pié hacia Niza, á pesar de la lluvia.

A su llegada á Niza los augustos viajeros fueron recibidos por la gran duquesa Catalina, que con motivo del aniversario de su nacimiento, tenía gran recepción en el palacio que habita. Después de almorzar, la familia imperial salió del palacio con dirección al hotel tomado para todo el tiempo que debía permanecer en Niza, siendo acompañada en el camino por las aclamaciones de la población que se apiñaba en las calles. X.

Revista de París.

París se encuentra hace quince días ocupado exclusivamente en una cuestión en que se hallan interesadas todas las clases. Se trata de las «étrennes» contribución forzosa impuesta anualmente á todos los habitantes de la capital de la Francia. Nadie está exento de ella; los pobres como los ricos deben pagar ese tributo tradicional, y ya hemos dicho en más de una ocasión que el pueblo parisiense es esclavo de la rutina como ningún otro pueblo del mundo. Aquí hay reglas establecidas para todo; la independencia social no se conoce.

De todos modos el fin del año es una de las épocas más favorables para pasar revista á París, para ver cómo desfila entero y verdadero con su variado aspecto y sus preocupaciones de índole tan diversa. Siempre es el mismo ese espectáculo, y sin embargo siempre es curioso y siempre es nuevo. Las tiendas de fama se llenan de gente que admira las mercancías y contempla extasiada á los compradores. Estos se revelan al observador por muchos rasgos característicos; por sus compras, por el apuro ó la precipitación en la elección, por sus discusiones con el despachante, por el modo de sacar el dinero, de contarlo ó de entregarlo. Es una gran comedia que solo podría analizar y describir el difunto Balzac, el filósofo pintor de la sociedad parisiense.

Hé aquí un bolsista que acaba de ganar un millón por el que suspiran hoy todos los hombres. Este no encuentra nada digno de sí en ninguna tienda; se queja de la pobreza de invención de sus compatriotas, que no han sabido dar á luz este año para él alguna novedad suntuosa y nunca vista.

— No sé qué regalar á mi mujer, exclama; tiene de todo.

Y las palabras «tiene de todo» no son un pretexto: el afortunado bolsista, después de haber registrado en vano todos los almacenes de nota, termina sus quejas añadiendo:

— La regalaré un puñado de billetes de Banco y que se arregle á su gusto.

El joven elegante es un tipo que se halla con más facilidad en las tiendas.

Se le reconoce á primera vista; entra estrepitosamente, habla muy alto y pide lo mejor de la casa, teniendo buen cuidado de advertir que es para una persona de gusto delicado.

Una vez hecha la compra, paga con mucha prosopopeya á veces una cantidad insignificante, y manda que lleven á su casa el objeto que ha comprado.

A decir verdad, nadie está obligado á mostrarse más generoso de lo que le permiten sus medios; y el día de Año nuevo solo debería ser terrible para los vanidosos que aprovechan la ocasión para aparentar lo que no tienen.

Pero por desgracia los usos de nuestro tiempo y las exigencias cada vez mayores de nuestra época obligan á todos á caer en el exceso.

Las parisenses en esto de los regalos de Año nuevo se muestran de una avidez increíble. Ay del que presente á una de ellas un tributo modesto diciendo:

— No vale nada, pero se da de buen corazón y con mucho gusto.

Este infeliz es un hombre de otros tiempos, y puede estar seguro de que la dama en cuestión exclamará para sí:

— Preferiría un buen regalo dado de mala gana y sin ninguna protesta de buenos sentimientos.

Nada hay más agradable para una señora que el ver entrar el día de Año nuevo á sus amigos con las manos llenas.

Los hombres para ellas deben ser ricos, y como tales deben mostrarse pródigos, aun cuando solo tengan derecho para regalar una cajita de confites.

Cosa muy fácil; los dulces parisenses cuestan caros, y las cajas son obras de arte que pueden costar mucho dinero.

En esto de los cofrecillos se puede abusar de la magnificencia y dar pruebas de gusto muy costosas. Hay quien regala tres francos de pastillas de chocolate en copas de porcelana de Sevres que valen mil francos.

Entre la multitud de regalos de Año nuevo que se amontonan en las mesas de los salones durante una semana, se ven una porción de objetos preciosos por su valor intrínseco ó por su mérito como obras de arte.

Las señoras más distinguidas y más escrupulosas aceptan estas fruslerías de mucho valor que pueden venderse luego, lo que suelen hacer muchas señoras y aun de las más encumbradas.

En una época que no es del caso precisar, una marquesa, mujer muy á la moda y que disfrutaba en París de un crédito considerable, había hecho servicios importantísimos á un financiero millonario. Por su omnipotente mediación le había asegurado el privilegio de un gran negocio en el que había ganado muchas talegas.

Viene el día de Año nuevo, y el protegido quiso manifestar su agradecimiento á su protectora.

La ocasión no podía ser mejor; sin duda alguna se esperaba, y nuestro hombre deseaba dar á conocer que sabía corresponder con los favores recibidos.

Los cofrecillos de dulces no podían sacarle del apuro; pero por otra parte, ¿cómo podía presentar á la marquesa un regalo de gran valor? ¿De qué modo disfrazaría su generosidad para que pudiera ser aceptada por una mano aristocrática?

El financiero reflexionó profundamente, y al cabo se le ocurrió una idea luminosa.

La marquesa era viuda y tenía una niña de seis ó siete años. El banquero imaginó hacer su regalo á la madre dirigiéndole á la niña.

Compró una muñeca soberbia y la vistió con el traje blanco que lleva la novia al altar; vestido blanco, velo de encaje, y ramillete de flores de azahar.

La muñeca se presentó con la escolta de dos criados que llevaban el canastillo con los regalos de boda.

En el canastillo, además de algunos objetos menudos para el tocador de la muñeca, había una hermosa colección de piezas de telas riquísimas, con las cuales se podían hacer vestidos para personas mayores.

Completaban el presente tres ó cuatro pañuelos de cachemira de los más lujosos, muchas varas de encaje, y por último un estuche con un magnífico aderezo de brillantes.

La marquesa comprendió lo que aquello quería decir, y celebró muchísimo la ingeniosa idea del financiero.

No solo aceptó el regalo, sino que abusó de la espléndida generosidad de su favorecido.

— Mil gracias por todo, le dijo; no sé qué celebrar más entre tantas cosas buenas.

— Nada es demasiado bueno para la novia.

— Es verdad; no obstante, si no temiera ser indiscreta, diría que falta una cosa...

— Diga Vd.

— ¿Usted lo exige?

— Seguramente, exclamó el financiero deseoso de saber en realidad qué era lo que faltaba.

— Pues señor, falta el dote.

— ¡Ah!

— Amigo mío, en los tiempos actuales, prosiguió la marquesa sonriendo, los hombres son muy exigentes, y la muñeca más bonita del mundo no se casa cuando no tiene un cuarto.

— Es verdad, contestó el financiero.

Había visto que le era imposible evitar el ataque, y juzgó que lo mejor que tenía que hacer era sacrificarse con gracia.

— ¿Conviene Vd. en ello?

— Sí por cierto, y sabré reparar el olvido.

Aquel mismo día enviaba cincuenta mil pesos de dote á la muñeca.

No correspondía menos.

Los financieros se han distinguido siempre por su opulencia en los regalos de Año nuevo. En tiempo de Luis XV uno de los más famosos de la época regaló á una bailarina un palacio situado en las cercanías de París, y que producía 25,000 libras anuales.

Al sentarse á la mesa, la bailarina encontró bajo la servilleta los títulos de propiedad de aquella posesión y la llave del palacio, de oro macizo, primorosamente labrada.

Otro ricachón de aquel tiempo mandó empapelar el gabinete de una celebridad artística con billetes de Banco que ascendían á la respetable suma de un millón.

Los grandes señores que no podían rivalizar con los financieros, se distinguían por la originalidad de sus regalos.

Hubo un marqués que pegó fuego á la casa mezquina que habitaba su divinidad, y luego la llevó á otra no tan humilde que había comprado para ella.

En suma, esto da á conocer que las dichas «étrennes» han sido siempre en París un motivo de hacer ostentación de prodigalidades á cual más ruinosas.

Si en el interior de las casas y las tiendas París presenta un espectáculo curioso el día de Año nuevo, no lo es menos el aspecto exterior; todo el mundo se halla en las calles, todos se afanan por llegar á tiempo á sus visitas, y en una población en que las distancias son tan grandes, es preciso apelar á los coches. Pero el hallar ese día un carruaje es cosa muy difícil. Dos personas descubrieron á un tiempo el sábado último un coche desocupado, y las dos se encontraron frente á frente de pié sobre el estribo y con la cabeza en el carruaje.

El lance habría podido originar una contienda si una de las dos personas no hubiese sido una señora; la otra era un joven de aire distinguido, pero que no llevó su cortesía hasta el punto de ceder su derecho á su competidora.

— Disimúleme Vd., la dijo; tengo que hacer muchas visitas indispensables todas, y como supongo que Vd. no se halla en el mismo caso, voy á quedarme con el coche.

— Se equivoca Vd., caballero, respondió la desconocida; yo también tengo que recorrer algunas casas con precisión, tengo el tiempo tasado, y no puedo consentir en que Vd. se quede con el carruaje.

Y al decir estas palabras la señora, para manifestar cuán inflexible era su resolución, tomó asiento en el carruaje y cerró la portezuela.

El joven ejecutó la misma maniobra y habló de esta manera:

— Me veo obligado á insistir; no obstante, creo que podríamos arreglarnos.

— Diga Vd.

— Puesto que tenemos un interés igual é iguales derechos para tomar este carruaje, podríamos pagarle á medias y hacer nuestras visitas alternativamente.

— Se chancea Vd., caballero.

— Convento en que la proposición es inusitada, pero también nuestra situación es embarazosa. Reflexiónelo Vd. bien.

La desconocida presentó muchas objeciones; pero viendo que el joven no cedía, acabó por rendirse.

— Está bien, le dijo; ya que Vd. se empeña en abusar de su posición y de la mía, pasaré por lo que Vd. me impone.

— Mil gracias, señora. Principie Vd.: diga Vd. adónde nos ha de llevar el cochero.

— Al barrio de San German.

— Cae bien; mi primera visita es también en ese barrio.

El coche se puso en marcha. El joven quiso entablar conversación con mucha delicadeza; pero la señora no le respondió una palabra.

Cada cual hizo su visita, y del barrio de San German el carruaje se dirigió á la Magdalena.

En esta segunda caminata la dama no estuvo tan seria; poco á poco la sonrisa fué llegando á sus labios, y concluyó por aceptar su posición franca y alegremente: habló con un talento y una gracia que hechizaron al joven tanto como su rostro y sus modales.

Su conversación denotaba que era una persona de buena sociedad; parecía tener veinte y cinco años. Pero ¿era soltera, casada ó viuda? ¿En dónde vivía? Su compañero no pudo obtener de ella ninguna luz acerca de estos puntos á pesar de la astucia con que quiso provocar sus confidencias.

El coche andaba hacia algunas horas; el caballero y la dama habían hecho alternativamente cinco ó seis visitas y se acercaba la noche.

La señora mandó parar en el pasaje de Panoramas, y se apeó dejando en el carruaje una carterita de tarjetas, que el joven tuvo la indiscreción de abrir pensando que allí encontraría el nombre de la desconocida. ¡Vana esperanza! Solo encontró una moneda de oro de veinte francos.

Esperó largo rato, y viendo que la señora no volvía, cayó en la cuenta; sin duda había concluido sus visitas, y había dejado los veinte francos para pagar al cochero.

Este desenlace fué cruel, pues el joven se había forjado toda una novela con su incógnita. En otra población que no fuera París, quizá podría encontrarla; pero aquí sería preciso que para ello tuviera la suerte del que se lleva el premio grande de una lotería.

MARIANO URRABIETA.

Astronomía.

Noticia de los trabajos recientes de Wolf, Schmidt, Carrington, Secchi y Schwabe sobre el cuerpo del sol y sus manchas, por M. GAUTIER.

La naturaleza del cuerpo del sol y las observaciones físicas de este astro, continúan siendo objeto de la especial atención y de los asiduos trabajos de varios astrónomos.

El profesor Rodolfo Wolf publicó el mes de febrero de 1858, en los *Mitteilungen* tremesinos de la Sociedad de naturalistas de Zurich, el cuaderno 6º de sus *Comunicaciones* sobre las manchas del sol (en el número 1,132 de las *Astr. Nachrichten* se dió un extracto): empieza presentando la tabla del resultado de sus observaciones, y de Schwabe el año de 1837. Da evidentes muestras esta tabla del *mínimo* de manchas que sucedió últimamente. De 324 días de observación, hubo 52 de verse el sol sin manchas; pero ninguno fué así en los cuatro meses últimos del año, y creció con presteza el número mensual de grupos de manchas, por cuya razón se parece mucho la curva de estas á la de la variabilidad de luz de *n* del Aguila. Wolf establece para época del último mínimo de 1836, $2 \pm 0,2$; y comparándola con las anteriores, saca que el período de 11,19 años, concuerda mejor con las observaciones que los de 10 y 12 años, y cuanto bien cabe en un fenómeno como el de las manchas del sol. Insiste por tanto en adoptar como período medio el de $11,111 + 0,038$ años, que halló el año de 1852, al menos hasta que se llegue á discutir definitivamente.

Valiéndose de los buenos oficios de Carrington, obtuvo copia de los 199 dibujos y de las reflexiones de Harriot sobre las manchas del sol por este astrónomo, observadas del 11 de diciembre de 1611 (nuevo estilo) al 28 de enero de 1613, y cuyo manuscrito original pertenece al coronel Wyndham, que vive en Petworth-House, condado de Sussex. Importan estas observaciones por corresponder á una época de mínimo de manchas. Wolf deduce de su examen $1710,8 \pm 0,4$ para aquella época; por otras observaciones la tenía fijada en 1611,41: tiene por más segura la que resulta de las de Harriot. Fué pues Fabricius el primero que advirtió las manchas del sol, pero Harriot tiene el mérito de habernos proporcionado comprobar con sus observaciones, que el período principal de las mismas manchas ha subsistido igual hace casi dos siglos y medio.

Las observaciones de Harriot manifiestan también un pequeño mínimo secundario en 1612,3, correspondiente á los de 1835,0, 1845,7 y 1857,6 resultantes de las observaciones de Schwabe y Wolf, y que consiste en que los días sin manchas no disminuyen continuamente sino por saltos, digámoslo así.

Asimismo continúa publicando Wolf las listas ó sucintas noticias de las diversas obras ó memorias antiguas y modernas concernientes al sol y á sus manchas. Menciona entre otras una publicación interesante del astrónomo Schmidt, dada á luz en Olmutz el año de 1857, intitulada *Resultados de once años de observaciones de las manchas del sol*. En ella se ve una tabla detallada de sus observaciones de manchas, hechas todos los días del año de 1841 al 1851. Luego saca los términos medios mensuales, que confirman la existencia del período anual señalado por Wolf, pero que no indican variaciones periódicas de las manchas, que guarden conexión directa con los perihelios ó afelios de los planetas Mercurio, Venus, etc. Inserta también Schmidt en su obra observaciones curiosas acerca de los grupos de manchas singulares que se vieron en aquel intervalo de tiempo, y de las variaciones que ofrecieron; y acompañan muchas figuras bien dibujadas.

En el número de abril de 1858 de las *Monthly Notices* de la Sociedad astronómica de Londres, ha publicado

Carrington una Memoria intitulada: *Sobre la prueba de la existencia de una atmósfera al rededor del sol, sacada de los movimientos de las manchas del mismo* (en el número de junio del *Philosophical Magazine* está también esta Memoria).

Empieza el autor advirtiendo, que las protuberancias rosáceas observadas en los bordes del sol al tiempo de los eclipses totales de este astro, así como el exceso de luz y de calor que sale de su centro respecto de sus bordes, propenden ya vehementemente á que se admita la existencia al rededor del sol de una atmósfera trasparente de cierta extension. Trata luego del punto de la determinación matemática de las posiciones angulares geocéntricas sucesivas de una mancha, admitiendo la existencia al rededor del sol de una atmósfera homogénea dotada de cierta fuerza refringente, haciéndose esta investigación con objeto de inferir, mediante ensayos de aplicaciones numéricas, cuál sea el índice de refracción que mejor satisfaga á las observaciones. Aplica en seguida sus fórmulas á tres series de observaciones de manchas, hechas por él, de junio á setiembre de 1854. Saca por resultado definitivo, que los movimientos aparentes de dichas manchas en el disco del sol, no concuerdan mal con la hipótesis de la existencia de una atmósfera solar de densidad uniforme, ocho ó diez veces mayor que la de la atmósfera terrestre, y que llegue hasta una distancia de la superficie igual á la cuarta parte del radio del globo solar.

Ha publicado también Carrington el mes de mayo de 1858 una Memoria de 32 páginas con 8 láminas, intitulada: *Instrucciones dirigidas á las personas que pudieran estar en la línea de sombra al tiempo del eclipse total de sol del 7 de setiembre de 1858*. Empieza dando noticia breve de los cuatro eclipses totales de sol últimos que se han observado, á saber:

1º El del 7 de julio de 1842, total en el Mediodía de Francia y Alemania y Norte de Italia, y que observaron muchos astrónomos;

2º El del 7 de agosto de 1850 en las islas Sandwich, observado por Kutzeycki, cuya descripción la pone por apéndice Carrington;

3º El del 28 de julio de 1851, que fué total en el Norte de Europa, y dió lugar á muchísimas observaciones;

4º El del 30 de noviembre de 1853, observado en Chile por el doctor Moesta, actual director del observatorio de Santiago.

Entra luego Carrington á detallar las circunstancias principales dignas de la atención de los observadores en los eclipses totales, que son:

1º La bella corona luminosa que rodea entonces al disco oscuro del sol;

2º Las cuentas de rosario que suelen presentarse en el borde del sol pocos segundos antes de ocultarse, y después de volver á brillar;

3º Las protuberancias rosáceas que se perciben en el borde del disco oscuro al tiempo del eclipse total, y que Arago atribuye á nubes de la atmósfera solar;

4º Observaciones de tiempo y de temperatura;

5º Efectos del eclipse en los animales y vegetales;

6º Experiencias sobre la polarización de la luz.

El autor, que fué á Suecia á observar el eclipse total de 1851, entra en detalles interesantes sobre estos puntos, y da consejos acertadísimos á los observadores de esta clase de fenómenos. Propone, respecto de las protuberancias rosáceas, la subdivisión siguiente del trabajo; un astrónomo ejercitado, con un micrómetro adaptado á un anteojo bien montado, observará la gradación con que una protuberancia exactamente definida se vaya cubriendo ó descubriendo por efecto del paso del disco de la luna por el sol, á fin de resolver en definitiva la cuestión de saber si tales protuberancias pertenecen al sol ó á la luna, aunque sea ya probabilísimo que dependan solo del sol. Otro observador se dedicará á la protuberancia que le parezca presentar los rasgos de forma y color más característicos, ciñéndose á seguir su aspecto hasta que desaparezca. Otro notará cuanto mejor pueda, todas las protuberancias visibles allí donde esté, así como los puntos del disco en que aparezcan, y sus alturas aparentes.

Para facilitar apreciaciones prontas de esta clase, aconseja Carrington que se ponga en el foco del anteojo un diafragma circular con el borde dividido de 10 en 10 grados con rayitas, y con cuatro hilos en cuadro y otros dos diagonales, excediendo un poco los lados del cuadrado al diámetro de la luna. No cree que las protuberancias guarden conexión inmediata con las manchas ó fáculas del sol, como le suponen algunos astrónomos.

Parece que se ven aun sin anteojos, y piensa Carrington que tomando las precauciones debidas para separar cualquiera luz difusa, se podrían ver también proyectando en una pantalla la imagen del sol eclipsado.

Los astrónomos tenían hechos muchos preparativos para observar, cuan completamente cupiera en todas sus circunstancias, el gran eclipse del sol del 15 de marzo de este año, que era central y anular en una línea que atravesaba á Inglaterra; pero estuvo nublado el tiempo el mismo día en casi toda Europa, y en poquísimos puntos se pudo observar tal cual el fenómeno. En las *Astr. Nachr.* y en las *Monthly Notices* se han publicado los detalles de estas observaciones parciales, sin que den nada de nuevo ni de notable. Háblase ya mucho de otro gran eclipse de sol que sucederá el 18 de julio de 1860, y que será total en Argel y Burgos, y casi total en los alrededores. Según los cálculos del profesor

Wolfers, de Berlin, cuyos resultados salieron á luz en el número 1131 de las *Astr. Nachr.*, dicho eclipse, valuado en dígitos ó en dozavas partes del diámetro del sol, será de unos 6 dígitos en Greenwich, Paris, Ginebra y Palermo.

El P. Angel Secchi publicó en Roma en mayo de 1858, en las actas de la Academia de los Nuevos Linceos, una breve Memoria sobre las manchas del sol y sobre el modo de determinar la profundidad de las mismas, que también se insertó en italiano en el número 1148 de las *Astr. Nachr.*

Veamos de extractarla. Repite el autor como la explicación más plausible de las apariencias que presentan las manchas, la idea que manifestó el siglo pasado Alejandro Wilson, astrónomo de Glasgow, de que son agujeros ó aberturas de la atmósfera luminosa ó de la atmósfera gaseosa del sol, que permiten ver el cuerpo interior del mismo sensiblemente oscuro.

La penombra agrisada que rodea á las manchas, provendría en tal caso del escarpe ó pared inclinada de los bordes de los mismos agujeros. Vió con efecto Wilson que hacia el borde del disco se suele estrechar la penombra, y que va desapareciendo hacia el centro del sol, porque el cuerpo mismo del astro oculta al observador aquella parte de la penombra, al paso que subsiste bien visible el borde opuesto de la misma.

Dice Secchi haber observado muchas veces esta desaparición del borde de la penombra que mira al interior del disco del sol, especialmente en las manchas de forma circular y que no andan cerca de desvanecerse. Admitiendo esta teoría, demuestra que, conociendo el semi-diámetro angular del sol R , si en el momento de desaparecer el borde interior de la penombra se mide micrométricamente su distancia angular D al borde del disco, y la longitud L de la penombra en dirección del eje mayor de la elipse, según la cual se proyecta, se podrá determinar con facilidad el ángulo de depresión a que forme el fianco de la cavidad con la superficie del sol, y por tanto la profundidad P de la mancha, puesto que

$$\cos. a = \frac{R - D}{R} \text{ y } P = L \cdot \text{tang. } a \text{ (1).}$$

«Esta teoría, añade el P. Secchi, supone que la mancha sea circular y de penombra simétrica, cuyas raras circunstancias dificultan aplicarla; pero si están aisladas las manchas, si tienen penombra regular cerca del centro del disco, y la conservan de igual ancho arriba y abajo al acercarse al borde, se puede creer que no será grande el error proveniente de la falta de simetría.

«Una de las dos manchas que se vieron á principios de marzo de este año, presentaba circunstancias favorables: se aproximó al borde del sol; el día 8 no tenía penombra por el lado interior, y los días antes se había venido estrechando esta. Aquel día dió la observación á la 1 h. 50 m., $D = 35''$, $L = 12''$, 025; el borde exterior de la penombra tenía solo $1''$, 35 de ancho. Con estos datos y lo del *Nautical Almanac* salió la inclinación a del 14° y la profundidad P de 0,37 del radio del globo terrestre, ó cosa de una tercera parte del mismo.

«Semejante profundidad, dice el P. Secchi, pudiera parecer reducida, porque no formaría una capa de 4 milímetros en un globo de 1 metro de radio; pero no debe apartarse mucho de lo cierto. Preciso es seguramente multiplicar las observaciones, y de dudar que la atmósfera tenga en todas sus partes una misma profundidad; pero me induce á creer que no es muy alta la capa, el que nunca carecen de penombra por la parte interior las manchas sino al estar muy próximas al borde del sol.

«Curioso hecho es, pero cierto, que la desigualdad de luz entre el fondo general del sol y las penombas disminuye al paso de aumentarse la fuerza del ocular, sucediendo lo mismo en las fajas de Júpiter y de Saturno.

«Cuando andan cerca de desaparecer las manchas, se distingue poquísimamente la penombra; tiene límite muy indeciso, y apenas se puede ver ni con lentes de mucho aumento. La disminución del contraste de luz, al acercarse la desaparición, es otra prueba de ser la teoría de Wilson la más probable, y de que la penombra depende de la disminución de luz proveniente de la diversa inclinación de la superficie de que procede con el ojo del observador.

«Se ha objetado á la teoría de Wilson que semejante disminución no podía ser efecto de la sola causa mencionada; pero si bien no satisface enteramente la asignada por él, creo que con arreglo á las observaciones recientes mías y de otros, no puede quedar duda acerca del punto fundamental, atendiendo á las consideraciones siguientes:

«1º Hemos visto varias veces que las penombas están divididas en filamentos finísimos; que cada uno es realmente por sí propio tan luminoso casi como la atmósfera general, pero que, mirados con lentes de mediano aumento, se presentan como líneas confusamente entremezcladas y con intervalos oscuros que, como los grabados al buril, dan la ilusión de una media tinta.

(1) Wilson aplicó su teoría á determinar la profundidad de las manchas, según el ancho y la inclinación del borde, y sacó que la de una era igual á un semi-diámetro de la tierra. (*Trans. Filos.*, vol. 64.)

«2º Las observaciones de las manchas con instrumentos de grande alcance demuestran indudablemente que en la parte negra de los núcleos suelen presentarse velos semi-luminosos, de la misma forma que las nubes de la atmósfera terrestre llamadas cirri, y que por lo común anuncian alguna invasión de la sustancia fotosférica en el núcleo mismo. Varias veces he visto esta apariencia con toda claridad, especialmente en una mancha que observé el 6 de mayo de 1857, y también en la hermosísima, visible con la simple vista, el día del eclipse de sol del 15 de marzo de este año, la cual presentaba una especie de promontorio semi-luminoso y de color rojizo. Era curioso ver cómo se reunían hacia cierto punto los filamentos, agrupándose y formando un hervor ó torbellino agitadísimo. Para observar estos detalles es indispensable que esté tranquilo el aire, y que no baje la lente de aumento de 300 veces. Por lo regular he usado con mi anteojo grande ecuatorial, bien la lente entera de 9 pulgadas de diámetro, bien la menor la de $6 \frac{3}{4}$. Los cirri ó velos semi-transparentes suelen alterar el aspecto filamentos de las manchas, y proyectándose probablemente en la región más baja de la atmósfera solar, ocultan parte de la estructura de la misma, como lo haría de objetos terrestres una nube atmosférica mirada por encima.

«La atmósfera solar debe ser densísima también en sus regiones bajas, y una profundidad de una tercera parte del radio terrestre puede absorber gran parte de los rayos. Tengo demostrado el efecto absorbente de la atmósfera solar en el calor. Habiendo hecho luego uso de la división de la luz en dos partes iguales, valiéndome de un prisma birefringente, con el cual se mire en un papel blanco la proyección del disco solar, he sacado los resultados siguientes:

1º Las fáculas cerca del borde no están más luminosas que el centro del disco; pero lo parecen por causa de la menor claridad del disco junto á su contorno, como que sus cimas están situadas encima de la parte más baja de la atmósfera absorbente. Algunos días antes del eclipse he visto una enorme fácula en la oposición referida, que cerca del borde ocupaba en longitud un arco de lo menos 60 grados, y que tenía cosa de 30 segundos de ancho.

2º Mirada con una lente de reducido aumento la penombra de una mancha situada cerca del centro del disco, no está más negra que las partes inmediatas al borde mismo del sol, y viene á tener la mitad de brillo que las partes luminosas centrales.

«Según esto, parece claro, concluye el P. Secchi, que la influencia de las capas inferiores de la atmósfera trasparente del sol debe ocasionar una enorme fuerza absorbente y una gran disminución de luz dentro de la cavidad de la fotosfera.»

Terminaremos esta noticia diciendo algunos detalles concernientes al grupo de manchas del 15 de marzo de este año, sacados de una carta de Schwabe inserta en el número 1150 de las *Astr. Nachr.*, porque cuanto escribe este hábil y perseverante observador de las manchas solares, merece particular aprecio.

Dice Schwabe no advirtió el 15 de marzo á las siete y media de la mañana, con un anteojo de 6 pies de longitud focal y un aumento de sesenta y cuatro veces, diferencia alguna de color en las manchas que componían dicho grupo; pero el 16 vió con distintos anteojos un color marcadamente rojo en la mancha señalada *a* en la figura que acompaña á su carta, cuya mancha consta de tres núcleos pequeños: las demás manchas del mismo grupo, mucho más extensas, tenían color negro y gris. También vió el P. Secchi, como queda dicho, el color rojizo de una de las manchas del citado grupo.

«Es bastante singular esta apariencia, dice Schwabe, pero la vi varias veces, y el color rojizo se parece al de las fajas de Júpiter, que Gruithuisen fué el primero á notar.

«Las manchas como la *a* son raras; no tienen perumbas ni núcleos bien distintos y limitados; no pasan nunca su diámetro de 30 segundos, pero son más permanentes que las demás. La mancha de que se trata se mantuvo del 12 al 20 de marzo sin presentar cambios perceptibles;

«El 21 la ocultaron nubes luminosas al acercarse á salir del grupo. Por tanto, he preferido manchas así para mis antiguas determinaciones de la rotación del sol.»

(Bib. univ. de Gin.)

Valladolid.

PORTADAS DE SAN PABLO Y SAN GREGORIO.

Valladolid conserva muchas señales de su antiguo esplendor. Todo el que visita esta ciudad no puede olvidar que hasta principios del siglo XVII fué teatro de la grandeza de la monarquía española. Una infinidad de monumentos y de edificios, testigos de la opulencia y prodigalidades de otros tiempos, recuerdan los brillantes reinados de Carlos V, de Felipe II y de Felipe III, época gloriosa para nuestro país, donde el genio de la nación se manifestó de un modo tan rotundo en la guerra, en las ciencias, en la literatura y en las artes.

Rápidamente vamos á trazar aquí el cuadro que presenta en el día Valladolid, con la enumeración de sus principales monumentos y curiosidades.

Valladolid, ciudad capital de la provincia y partido de su nombre, cabeza del distrito militar de Castilla la Vieja, sede episcopal sufragánea del arzobispado de Toledo; es la residencia del capitán general, del jefe político, intendente y oficinas de provincia: tiene audiencia territorial, 16 parroquias, incluso los arrabales, un beaterio, un oratorio de PP. San Felipe Neri, 9 capillas, 4 hospitales, un hospicio, casa de expósitos, universidad literaria, liceo, academia de bellas artes, sociedad de amigos del país, otras varias filantrópicas, un buen teatro, un palacio real, un cuartel de caballería, tres de infantería, muchas escuelas de primera educación y un colegio de segunda enseñanza elemental de segunda clase, incorporado á la universidad y dotado de excelentes profesores.

Antes de la extinción de regulares hubo 49 conventos de frailes y 20 de monjas.

Cuenta esta hermosa ciudad mas de 5,000 vecinos y de 20 á 24,000 almas: está situada en una dilatada llanura y dilatado valle sobre la margen izquierda del rio Pisuerga; su clima es templado, aunque un tanto riguroso y húmedo en invierno y sujeto á muchas nieblas.

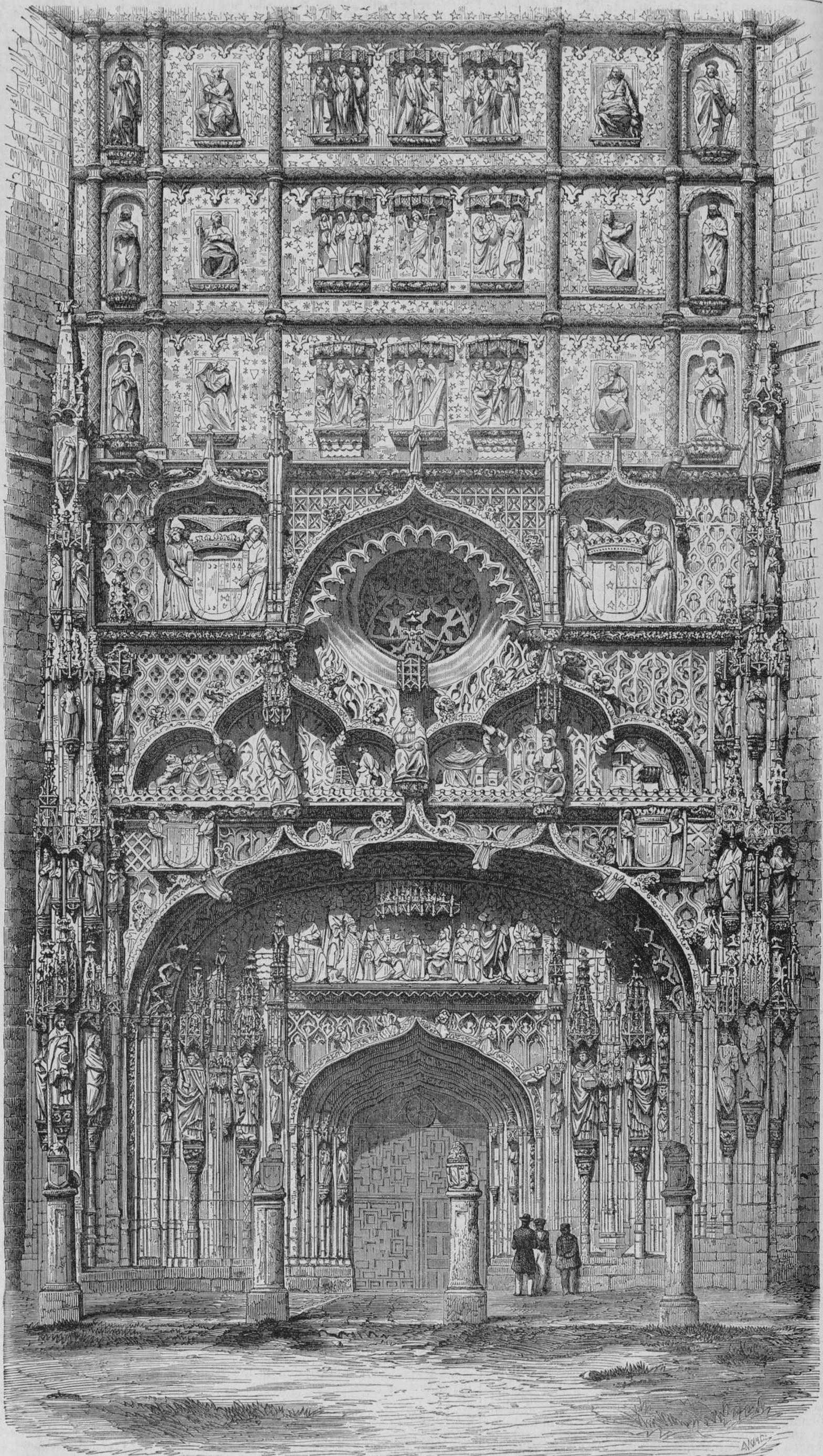
Cuatro puertas principales dan ingreso á la población; pero la que mas llama la atención es la del Cármen ó Madrid, que conduce por la carretera á la corte: consta de tres magníficos arcos de piedra con hermosas verjas de hierro, y en el remate la estatua de Carlos III: al entrar por esta puerta se ve el anchuroso Campo Grande; todo él está rodeado de buenos edificios, y en su espacio se ha construido nuevamente un lujoso paseo. El prado de la Magdalena es otro paseo que está intramuros de la población. También hay el llamado del Espolon que por las circunstancias que le adornan, no se puede negar que es un paseo de primer orden.

La Plaza Mayor y sus avenidas presentan un aspecto de corte; pero lo que mas llama la atención en esta plaza son sus soportales sostenidos por altas y corpulentas columnas de figura cilíndrica, de una sola pieza, de piedra cardenosa. La acera que llaman de San Francisco en la misma plaza, sirve de paseo de invierno.

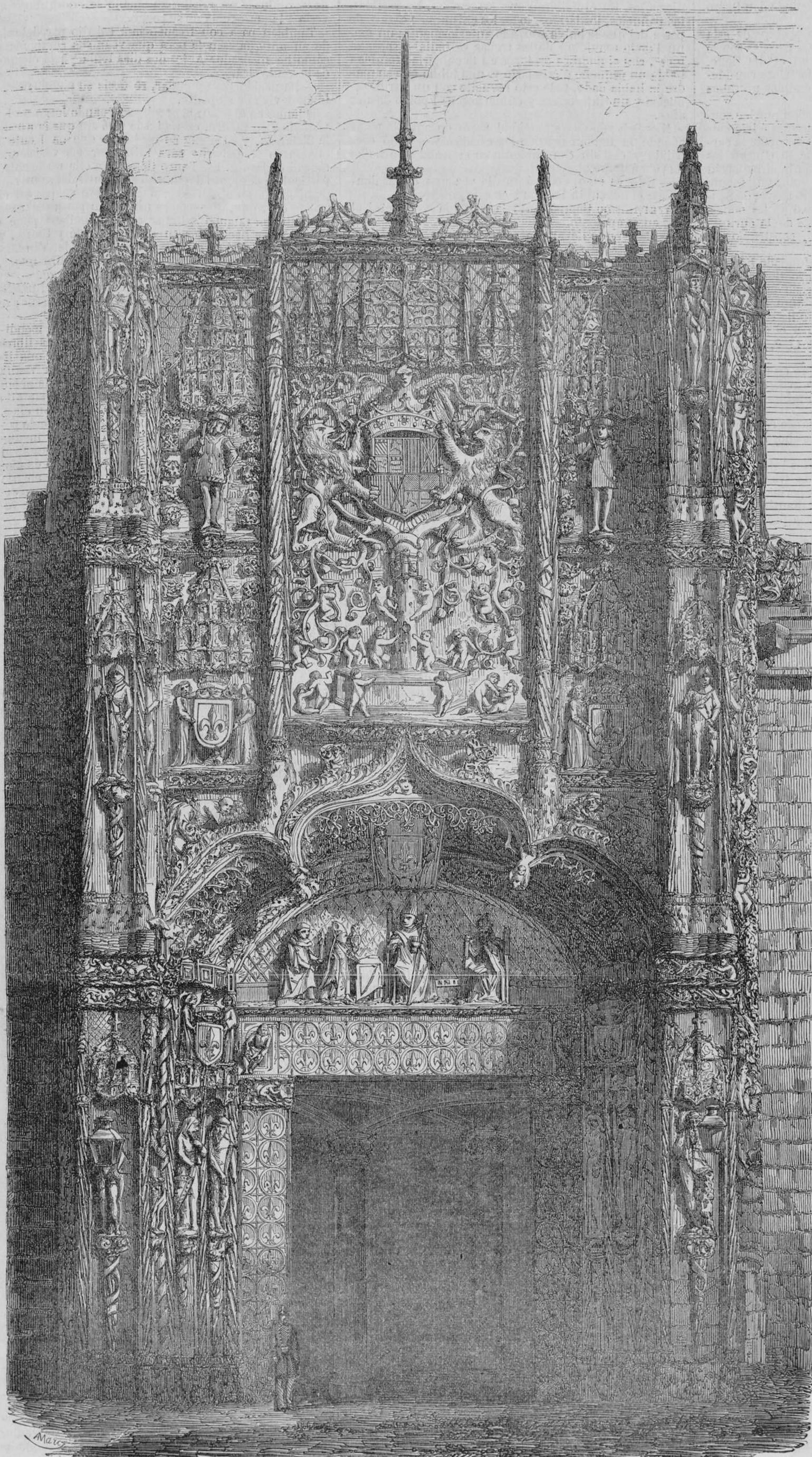
Entre los edificios que justamente llaman la atención del viajero en esta ciudad, debemos mencionar la magnífica portada del ex-convento de dominicos de San Pablo, obra del siglo XV, y hecha á espensas del cardenal Torquemada, confesor de los Reyes Católicos; no obstante que la fundación del monasterio fué debida á la reina Doña María, esposa de Don Sancho el Bravo, el año de 1286. No podría dar una idea de tan magnífica portada cuanto de ella se hablase, y así nos limitaremos á repetir lo que dice don Antonio Pons en su viaje de España: «Que preciso era verla para creer que hubo hombres con paciencia de acabar tales empresas.» Y es la verdad, porque con solo estar contemplando sus afligranadas labores, sus caprichosos adornos, se cansa la imaginación al par que la vista.

Esta fachada se atribuye á don Alonso, obispo de Burgos y de Palencia, que fué consejero de la reina Isabel la Católica. Este prelado tenía afición á las obras suntuosas, y consagró sumas enormes á satisfacer esta inclinación. Por su orden se ejecutó la portada de San Pablo, y se cree es obra de los hermanos Juan y Simón Colonia, dos grandes artistas que hacen honor á la época.

Se atribuye el coronamiento de la portada al célebre Berruguete, que fué discípulo de Mi-



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN PABLO EN VALLADOLID.



PORTADA DEL ANTIGUO COLEGIO DE SAN GREGORIO, EN VALLADOLID.

guel Angel, y que á imitacion de su maestro fué á la vez arquitecto, escultor y pintor de gran talento. Si Berruguete hubiera trabajado solo en la portada, la habria dado sin duda el carácter de la sencillez; en cambio se puede decir que hay pocas obras mas admirables para los partidarios del gótico florido.

Un tomo se necesitaria para describir los diferentes motivos de tan vasta composicion. Indicaremos únicamente los principales episodios. El bajo-relieve que está sobre la puerta representa al obispo fundador de San Pablo, arrodillado delante de la Santísima Trinidad y de San Juan Bautista. Las armas son las del duque de Lerma, que fué, despues del obispo de Burgos, el bienhechor del convento, y contribuyó á la conclusion de la iglesia. Los bajos relieves que están sobre el roseton, representan diferentes asuntos de la Escritura.

La iglesia de San Gregorio es otra fundacion del mismo Alonso de Burgos, que fué despues obispo de Sevilla, y murió en Valladolid en 1499. Se edificó en 1488 siendo su arquitecto Marcías Carpintero, de Medina del Campo. La vida de este artista es poco conocida. Lo único que se sabe con certeza es que se dió la muerte en 1490, antes de haber concluido su obra, por motivos que se ignoran.

Esta iglesia de San Gregorio pertenecia al colegio de Dominicos, y como la anterior no tiene nada de notable mas que la portada. Sin embargo, no abunda tanto en ornatos, aunque pertenece al gótico florido. Tambien se atribuye una parte de este fronton á Berruguete. Sus ornatos, aunque mas pesados y no tan bien dispuestos como los de la otra portada, se distinguen por un esmerado trabajo de cincel.

Diremos ahora cuatro palabras sobre otros monumentos notables de Valladolid :

La catedral, obra medio arruinada sin estar concluida, fué trazada y comenzada por Juan de Herrera, y continuada por el fatal Churriguera. Su fachada principal está formada de dos cuerpos d'orden dórico con cuatro columnas pareadas : las estatuas de san Pedro y san Pablo se ven en los intercolumnios. El hueco de la puerta es de 24 piés de ancho y doble de alto, y encima de ella se ostenta en un nicho el misterio de la Asuncion de Nuestra Señora, titular de la iglesia, esculpido en piedra blanca. En el segundo cuerpo están sobre una balaustrada y pedestales las estatuas de los cuatro doctores. Solo tenia una torre de 270 piés de elevacion, á la derecha de la fachada principal, la que desgraciadamente se hundió en 31 de mayo de 1841 á las cinco de la tarde. Toda la obra en conjunto es digna del gusto que distinguia al autor de la octava maravilla del mundo.

Lo que mas llama la atencion en su interior es la magnífica sillería que perteneció á San Pablo, para donde fué hecha por el referido Herrera : es muy semejante á la que el mismo hizo para el Escorial, y aseguran que costó de 25 á 30,000 ducados, siendo costeadas por el cardenal duque de Lerma, empleándose para su construccion el boj, ébano, cedro, nogal, etc. Otra de las alhajas de inestimable valor, es la custodia de plata que se saca en la procesion del Corpus, trabajada por Juan de Arfe Villafañe en el año de 1590. Su primoroso trabajo hermana notablemente con la arquitectura del templo; tiene dos varas de alta, pesa doscientos ochenta y dos marcos de plata, ciento cuarenta y una libras comunes y siete ochavas. En una capilla que hay en la nave del

Evangelio, se conserva el sepulcro del conde don Pedro Ansurez, señor de Valladolid.

San Benito es una de las más colosales obras de esta ciudad; su vasta extensión y sus fuertes paredes son lo más á propósito para el destino que en el día tiene, contando con él ahora Valladolid una fortaleza considerable, con sus grandes fosos, bien defendidas murallas y puentes levadizos.

Entre las notabilidades de esta población pueden contarse los colegios donde acuden los escoceses é irlandeses á aprender la religión cristiana, para seguir la carrera del sacerdocio; el convento donde se educan los misioneros para Filipinas, y últimamente el banderín de América, donde se alistaban los que voluntariamente quieren ir á ella. A excepción del colegio mayor de Santa Cruz, poco podremos decir de nuevo de los demás edificios, aunque no dejan de ser dignos de la curiosidad del viajero, como el real palacio, construido por mandado de Felipe III, etc., etc.

El suntuoso colegio de Santa Cruz, fundado hácia el año de 1492 por el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, es en el día el edificio destinado para museo y biblioteca, conteniendo esta 14,000 volúmenes, y entre sus curiosidades una copia del libro Becerro de Behetrias, con letras de adorno, sacada por el pendolista don Torcuato Torio de la Riva, año de 1780, y un mediano monetario.

El museo encierra un riquísimo tesoro en pinturas y esculturas, hechas por los más célebres artistas. Sobresalen entre todos los cuadros los admirables de Fuen-saldaña, pintados por Pablo Rubens.

Enumeradas ya las antiguas grandezas de esta ciudad que el tiempo ha respetado, recorramos ahora las obras de su naciente civilización.

El canal que ha costado la vida á tantos infelices presidiarios, presenta acabado un trozo de trece leguas, contribuyendo ya á la riqueza y prosperidad de una gran parte de Castilla, que sin este manantial de bienes se vería tal vez en la mayor miseria por no poder dar salida á sus abundantes cosechas.

Cercan el embarcadero varios almacenes del mejor gusto, siendo lo más notable las fábricas de fundición y el molino harinero á cuyas máquinas da impulso el agua. El primero de estos establecimientos es de unos extranjeros que trabajan admirablemente en toda clase de obras de hierro y acero. En el molino se goza en ver cuanto puede la industria del hombre. Sin necesidad de un brazo y sin interrupción ninguna, se muele el trigo, se ciernen separándose los salvados y la clase de harina; se enfarda esta, y quedan por último tan llenos y oprimidos los costales, que sin más que coserlos se trasladan al almacén ó al barco.

Es grandiosa la nueva fábrica de papel continuo por el sistema de Jappell, del señor Lardizabal. Su edificio es un todo igual á la de Tolosa en Guipúzcoa del mismo género.

Además de las grandes fábricas de estameñas, bayetas, sempiternas, etc., cuyas fábricas en 1784 ocupaban á más de 7,000 operarios; de las nuevas de alfarería, loza, fabricación de sombreros, curtidos de pieles, guantes y otras, merece mención particular la que hace poco se ha establecido de laboreados botones de pezña, llamados de pasta, en rivalidad de otra igual que tenían los extranjeros, á la que ya superan en perfección y consumo.

La posición que ocupa esta ciudad es muy ventajosa, entre dos rios de los más caudalosos y beneficiables del reino. La campiña en muchas leguas en contorno produce extraordinaria abundancia de granos de todas semillas, zumaque, maderas de construcción y combustible, mucha caza, hortalizas y vino de diferentes clases, algunos de ellos muy fragantes; los rios dan pesca delicada, especialmente en anguillas.

En cuanto al origen y fundación de esta ciudad, pretenden algunos que la fundó un moro llamado Olid, y que del fundador tomó el nombre de Valle de Olid, mas adelante adulterado con el de Valladolid. Aquí murió en mayo de 1306 el almirante Cristóbal Colon, cuyo cuerpo se depositó interinamente en el monasterio de las Cuevas de Italia, de donde se trasladó á la isla de Santo Domingo, y últimamente á la Habana donde se hallan sus cenizas.

Valladolid es patria de muchas personas reales y varones eminentes en letras y armas; además ha sido teatro de grandes hechos históricos que la han dado gran celebridad. En esta ciudad fué ejecutado en 1453 el favorito de Juan II don Alvaro de Luna.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion).

— La orgullosa baja al fin la cabeza, dijo el viejo Osborne cuando su hija concluyó de leer la carta. Se está muriendo de hambre, no es extraño.

A fin de no perder nada de su dignidad en la alegría del triunfo, tomó su diario según su costumbre, pero no leyó una línea. Murmuraba para sí; por fin arrojó el diario, y frunciendo el ceño se fué á su gabinete de donde salió al cabo de un instante, y entregando á miss Osborne una llave que acababa de tomar, la dijo:

— Preparad el cuarto que da sobre el mio.

— Está bien, respondió ella con voz temblorosa.

Era el cuarto de Jorge que no habían abierto hacia

diez años. En él hallaron aun los papeles, los vestidos, los pañuelos, los látigos, todos los chismes de caza y de pesca del que le había ocupado anteriormente; un manual de la maniobra de las tropas se hallaba sobre la mesa, con el nombre de Jorge en la cubierta; también había un pequeño diccionario y una biblia que su madre le había dado, todo esto revuelto con un par de espuelas y un tintero seco y cubierto con el polvo de diez años.

Miss Osborne se conmovió al verse en aquella pieza adonde la habían seguido los criados, y se dejó caer pálida y casi sin conocimiento en el lecho que había servido á Jorge.

— Esto va bien, decía á media voz una de las doncellas; el querubín habitará en este cuarto.

Y al mismo tiempo abrió la ventana y penetró el aire en el aposento.

— Habrá que llevar dinero á esa mujer, dijo M. Osborne antes de salir; quiero que no carezca de nada. Enviadla cien libras por el pronto; pero cuidado con que ponga los pies aquí; no lo permitiría por todo el dinero que hay en Londres. Sentado esto, os encargo que la tengais siempre al abrigo de la miseria.

Y dicho esto M. Osborne dejó á su hija y se fué á la Cité, como lo tenía de costumbre.

En la tarde de aquel día Amelia, al dar un beso á su padre, le entregó un billete de cien libras.

— Aquí tenéis dinero, mi querido padre, le dijo.

Y luego volviéndose hácia su madre que reñía al niño, añadió:

— ¡ Ah! No seáis tan dura con Jorge; ya poco tiempo estará con nosotros...

No pudo decir más y se retiró en silencio á su cuarto. Cerremos discretamente la puerta en pos de esa madre infeliz que busca un refugio en la oración y en las lágrimas. En presencia de tanto amor y de tanto dolor, lo más propio es dejar á cada uno con sus pensamientos.

A la otra mañana miss Osborne se presentó á ver á Amelia; esta entrevista fué tierna y cordial; una mirada y algunas palabras de miss Osborne bastaron para probar á la pobre viuda que al menos por ella no tenía que temer que trataran de suplantarla en el corazón de su hijo.

A pesar de su frialdad, miss Osborne tenía un corazón bueno y sensible. Amelia no habría estado tan tranquila si hubiese visto ocupado su puesto por una rival más jóven, mas afectuosa y comunicativa.

Cuando Jorge volvió de la escuela, se encontró con su tía en su casa; Amelia los dejó solos y se retiró á su aposento. Quiso ver lo que serian para ella los dolores de la separación, como Jane Grey quiso pasar el dedo por el filo del hacha que debía cortar el hilo de sus días.

Trascurrió algún tiempo en visitas y en preparativos; la pobre viuda empleó las mayores precauciones para instruir á Jorge acerca del cambio que iba á experimentar; pensaba que al saber esta noticia se desolaría, pero más bien pareció que se alegraba; la pobre madre fué á ocultar sus dolores en su cuarto.

Jorge puso en movimiento toda la escuela; anunció á sus discípulos que iba á vivir con su abuelo, el padre de su padre, no el que le iba á buscar algunas veces á la escuela; que iría á un gran colegio, y que se proponía comprar muchas cajas de colores.

Si, aquel niño era el retrato de su padre, como decía su madre en su ternura, y sin pensar hasta dónde acertaba.

Por consideración á nuestra querida Amelia no haremos la historia de los últimos días que Jorge pasó en casa de sus padres de Brompton.

Al cabo llegó la hora en que un coche magnífico se detuvo ante la modesta habitación de los Sedley, y se cargaron en él los envoltorios de Jorge, en medio de los cuales figuraban mil recuerdos de la ternura materna.

Jorge llevaba un vestido nuevo. Se había levantado al rayar el alba para vestirse, y su madre le había oído desde la alcoba.

¡Pobre madre! Ella había llorado toda la noche en el silencio del insomnio. En los días anteriores lo había preparado todo para ese momento terrible; había comprado mil objetos menudos para el niño; había puesto su nombre en sus libros y en su ropa; por último se había esforzado en dulcificarse aquella separación... ¡Pobre madre! ¡Se hallaba persuadida de que su hijo en el momento de la separación necesitaba ser consolado!

Y Jorge no pensaba más que en el placer del cambio: ¿qué le importaba todo lo demás? Con mil observaciones bien amargas para el corazón de la madre, demostraba á la pobre viuda lo poco que le alligaba el separarse de ella. La decía que vendría á verla á caballo, que la tomaría consigo en el coche y que se pasearían juntos por el Parque; además que no carecería de nada.

La infortunada Amelia tuvo que contentarse con estas demostraciones de ternura en que se traslucía ante todo el egoísmo; sin embargo, quiso ver en ellas la manifestación de un cariño entrañable. Seguramente, Jorge la quería mucho, pero era como todos los niños; la novedad les seduce y les arrebató.

De este modo Amelia se preparaba á la separación mediante un dolor silencioso y continuo: ¡cuántas horas había pasado ordenándolo todo para el instante de la marcha! Jorge la miraba como si él hubiera sido extraño á todo eso. El ingrato se sonreía mientras su madre lloraba.

Amelia ha consumado el sacrificio; el niño disfrutaba ya de los dones de la fortuna, en tanto que la viuda no tiene más compañera que su tristeza.

No obstante, Jorge la visita á menudo. Llega á caba-

llo seguido de un criado; su abuelo se enorgullece al verle á la portezuela de su coche.

También pasa con frecuencia á caballo por delante de su antigua escuela para que vean sus compañeros cómo ha medrado. A los dos días tenía ya el orgullo de la gente rica.

— Ha nacido para mandar, se decía su abuelo; es la imagen viva de su padre.

Estamos en el estío; al anochecer cuando Jorge no ha visitado á su madre, esta va á la Cité sin que la asuste la distancia, y se sienta en un banco que da frente á la casa de M. Osborne para mirar por las verjas que rodean el jardín. Ese banco tiene para ella un hechizo particular; desde ahí descubre los balcones del salón resplandecientes de claridad; á las nueve ve luz en el cuarto de Jorge, que conoce muy bien porque él se le ha indicado. Cuando la luz se apaga Amelia se pone á rezar; eleva hácia Dios su alma humilde y tierna, y luego se vuelve á su casa silenciosa y abatida. Tan largas caminatas la rinden; pero quizá dormirá mejor, pues entonces podrá soñar con su querido Jorge.

Un domingo había ido como de costumbre á Russell-Square donde tenía delante la casa de M. Osborne; se oía en aquel instante el ruido de las campanas.

Jorge salió con su tía para ir á la iglesia. Un mendigo le pidió limosna; el lacayo que llevaba los libros quiso apartarle, pero Jorge se detuvo y le dió una limosna. ¡Dios bendiga su mano! Amelia dió la vuelta á la plaza, y acercándose al mendigo, le dió también su óbolo, y luego siguió á miss Osborne y á su hijo hasta el hospicio de los Expósitos donde entró con ellos. En la capilla tomó asiento en un sitio desde donde podía descubrir la cabeza de Jorge. Mas abajo del monumento funerario de su marido. Muchos niños cantaban las alabanzas del Todopoderoso, y aquel himno de gloria y de adoración hacia estremecer con una alegría cándida y suave el alma de Jorge. Su madre estuvo algún tiempo sin verle en medio de las lágrimas que veían sus ojos.

L.

DESPUES DE LA COMEDIA EL DRAMA.

Una vez que Rebeca había penetrado en los salones de lord Steyne, obtuvo por todas partes la boga á que aspiraba hácia mucho tiempo. Las casas mas encumbradas la abrieron sus puertas, y fué á tan altos lugares que el autor y el lector de esta novela deben renunciar á penetrar con ella.

La admisión de Rebeca en casa de lord Steyne tuvo por resultado inmediato que Su Excelencia el príncipe Peterwaradin se apresuró á reanudar su amistad con el coronel Crawley, y al cabo de pocos días Rebeca fué convidada con su marido á las reuniones que tenía el príncipe en el hotel del Levante. Lord Steyne se encontraba allí también, y veía con satisfacción los triunfos que alcanzaba su protegida.

En el hotel del Levante, Rebeca se halló en contacto con los personajes más nobles y los políticos más eminentes de la Europa contemporánea; la flor de todos ellos acudió en breve á casa de Rebeca. Su posición se aseguró en la alta sociedad; pero ¡ay! la gloria de este mundo es bien pasajera. No os apresureis, lectores míos, á envidiar la suerte de mistress Crawley; la experiencia ha demostrado hace tiempo que los más dichosos son aquellos que están más lejos del sol; Rebeca que había penetrado en los salones á la moda, Rebeca que se había encontrado frente á frente con Jorge IV, debía ser ejemplo después de que todo en la tierra es humo y vanidad.

Pasaremos con rapidez sobre esta parte de su historia, pues temiendo hacer del gran mundo un retrato poco parecido, preferimos no decir nada y reservar por ahora nuestras opiniones.

Posteriormente Rebeca habló á sus amigos del tiempo en que frecuentaba en Londres los salones de la moda y de la aristocracia.

En un principio se embriagó con el humo del orgullo, con los aplausos del triunfo, pero pronto se cansó con la monotonía de esa vida. Lo único que la ocupaba seriamente era la preparación de sus trajes y adornos. Por un esfuerzo sublimado de su inteligencia podía establecer el equilibrio entre sus escasos recursos y las imperiosas necesidades de la coquetería; era preciso marchar al nivel de las jóvenes rosadas, rubias y tímidas, de las respetables matronas de alta estatura y porte majestuoso, hermosas aun á pesar de los años y resplandecientes de pedrerías.

Las antiguas amigas de Rebeca la veían con envidia y celos, en tanto que la pobre mujer se confesaba á sí misma que tenía ya bastante de aquella vida.

— ¡Cuánto daría por verme libre de toda esa gente! exclamaba cuando estaba sola. Creo que preferiría ser mujer de un ministro ó una simple vivandera de un regimiento, á presentarme en las tales reuniones.

Lord Steyne se divertía mucho con estas salidas.

En sus relaciones con las personas de la alta sociedad, Rebeca aparentaba una franqueza y una humildad que no tardaron en conciliarla el afecto de las personas que al principio se declararon sus enemigas.

Lady Steyne, después de la escena del piano, había sufrido también el ascendiente de Rebeca, y quizá en el fondo no experimentaba hácia ella una repugnancia muy viva.

Las jóvenes señoritas de la casa de Gaunt habían concluido también por ablandarse. Dos ó tres veces intentaron vanamente satirizarla; cuando Rebeca se veía ataca-

da, tomaba un aire cándido á cuyo favor respondía con los epigramas mas punzantes, que dejaban atónitos á los que habian pensado humillarla.

Entre tanto todo el mundo se preguntaba de dónde les venía á los Crawley el dinero que gastaban; y este misterio provocaba de vez en cuando algunos cuchicheos, y daba margen á mas de un comentario satírico.

Los unos afirmaban que sir Pitt habia abandonado á su hermano una porción de renta considerable; pero en este caso era preciso confesar que Rebeca tenia sobre el baron un gran ascendiente, ó que sir Pitt habia cambiado mucho con los años. Malas lenguas decían que Rebeca imponía contribuciones forzosas á los amigos de su marido; que se presentaba á ellos con las lágrimas en los ojos y les contaba que habian embargado sus muebles, ó bien se arrojaba á sus piés exclamando que su marido se iba á suicidar si no podia hacer honor á su firma.

Sin poner aquí la lista de las personas que pasaban por víctimas de esta comedia, podemos asegurar que si Rebeca hubiera poseído todo el dinero que la suponían habia adquirido con esos expedientes, habria reunido un capital considerable.

¡Pobre Rebeca! Lo que nosotros podemos afirmar, es que mientras se decían sobre ella tales ruindades, se conducía como una mujer hacendosa que en los dias de recepcion no pagaba otra cosa que el alumbrado de sus aposentos. Los montes de Stillbrook y los invernáculos de Crawley-la-Reina la suministraban toda la caza y las frutas que necesitaba. Las bodegas de lord Steyne se hallaban á su disposición, y los cocineros del noble lord se instalaban en su cocina cuando habia banquete, y llevaban por órden de su amo todo lo que podia agradar al paladar mas delicado. Así pues, ¿porqué se hablaba tan mal de mistress Crawley?

Si se quisiera desterrar del mundo á todos los que hacen deudas y no las pagan; si se quisiera entrar en los detalles de la vida íntima de cada persona, la FERIA de las Vanidades seria muy luego un desierto inhabitable.

No se vive así; es preciso mostrar tolerancia y caridad con el prójimo: decid muchas picardias de vuestro vecino, pero tened cuidado de alargarle la mano si le encontráis en la calle; tiene un buen cocinero y esto basta.

Volviendo á nuestra historia, tenemos que consignar aquí un percance; Rawdon cayó al fin en poder de los que le buscaban por un pagaré vencido que no habia sido satisfecho, y fué á parar una noche á la cárcel por deudas.

¡Qué aflicción para la pobre Rebeca! Al punto escribió á su marido en la cama, «pues tenia en el peor estado su cabeza y su corazón,» que se habia arrojado á los piés de lord Steyne suplicándole que le prestara las doscientas libras que debían poner en libertad á su querido esposo. Lord Steyne se habia puesto furioso, pero habia prometido enviar el dinero al día siguiente; y ella esperaba por instantes que amaneciera ese día afortunado.

Cuando Rawdon concluyó la lectura de esta carta, su rostro se puso encarnado y sus ojos lanzaron llamas. Todas las sospechas que habia tenido hasta entonces asaltaron de nuevo su espíritu. Rebeca no habia vendido sus joyas, y habia pedido dinero á lord Steyne... Apurando las cosas, quizá se podía descubrir la mano que le habia llevado á la cárcel...

Inmediatamente tomó un papel y escribió algunas líneas á sir Pitt ó á lady Crawley, y encargó á un mozo que tomara un coche y llevara aquel billete á su destino; le prometió una guinea de propina si le traía la contestación dentro de una hora.

En aquel billete suplicaba á su hermano y á su hermana, por el amor de Dios, en nombre de su hijo y de su honra, que le sacaran de la triste posición en que se hallaba; estaba en la cárcel y la pedía doscientas libras para salir de ella.

Una hora habria transcurrido cuando oyó el ruido de un carruaje, y un instante despues le dijeron que le esperaba una señora.

Rawdon bajó de un salto al salon de recibo, y allí se encontró con lady Jane.

Apenas podia creer lo que estaba viendo; se lanzó á ella, la estrechó en sus brazos, articuló algunas palabras ininteligibles para darla gracias, y luego reclinado en su hombro, dió un libre curso á sus sollozos.

Lady Jane no podia comprender aquella emoción; pero se apresuró á pagar, radiante de júbilo, y se llevó á Rawdon en el coche que la habia traído.

— Mi querido Rawdon, le dijo, Pitt estaba en una comida cuando llegó vuestra carta, y yo sin vacilar he venido inmediatamente.

Y al mismo tiempo le estrechaba la mano. Quizá tuvo suerte Rawdon en que sir Pitt estuviera convidado aquel día.

Despues que dejó á lady Jane en su domicilio, Rawdon corrió á su casa. Eran las doce de la noche; atravesó como un loco las calles y las plazas hasta el momento en que llegó delante de la puerta. Retrocedió para apoyarse en la verja, y luego alzando los ojos con angustia hácia los balcones, vió que el salon estaba resplandeciente de luces... Sin embargo, ¡ella le habia escrito que estaba en cama!...

Se quedó inmóvil un gran rato, y la luz que bajaba de los balcones alumbraba su fisonomía pálida y descompuesta.

Metió la llave en la cerradura y entró en la casa. En el piso principal se oían fuertes risas. Rawdon subió de puntillas, y al llegar al último escalon se paró un mo-

mento. Ningun ruido se oía en las habitaciones, habian hecho salir aquella noche á todos los criados.

Rawdon prestó de nuevo el oído, y oyó risas que se confundían con una voz que cantaba. Era Rebeca; cuando acabó la romanza, una voz ronca gritó:

— ¡Bravo! ¡Bravo!

Era la voz de lord Steyne.

Rawdon abrió la puerta y entró.

En medio del salon habia una mesa puesta con todo lo correspondiente para una cena. Lord Steyne se hallaba tendido en el sofá, y Rebeca estaba á su lado.

La esposa culpable tenia un prendido seductor y voluptuoso; en sus brazos y en sus dedos brillaban brazaletes y sortijas; en su pecho resplandecían los diamantes que lord Steyne la habia regalado.

El noble lord tenia una de sus manos en la suya y se inclinaba para besarla. Pero ya Rebeca estaba en pié, pues helada de espanto habia visto surgir delante de ella la figura terrible de su marido.

Un segundo despues quiso sonreirse como para celebrar su llegada; pero en su rostro no se vió mas que una contracción horrible. Lord Steyne se levantó tambien rechinando los dientes, con el rostro lívido, las miradas extraviadas y el furor en los ojos.

Tambien se quiso sonreír; dió un paso adelante y alargó la mano á Rawdon.

— ¡Habeis salido! Me alegro, coronel.

Al ver la expresión pintada en la fisonomía de Rawdon, Rebeca se lanzó á él, exclamando:

— ¡Soy inocente, ante Dios os juro que soy inocente!

Y al mismo tiempo se colgaba de sus brazos, y sus sortijas y sus brazaletes resplandecían al brillo de las luces.

— ¡Soy inocente!... ¡Soy inocente! decídselo, añadió volviéndose hácia lord Steyne.

Pero este, pensando que era víctima de un lazo, se hallaba tan furioso contra ella como contra Rawdon.

— ¡Vos, inocente! aullaba profiriendo espantosos juramentos; ¡vos, inocente! cuando todas esas joyas que llevais las he pagado yo; cuando os he dado miles de libras esterlinas, que sin duda ese miserable repartía con vos... ¡Inocente! como vuestra madre, la cómica, ó el estafador de vuestro marido!... No creais intimidarme, como habeis hecho con otros... dejadme paso.

Y lord Steyne tomó su sombrero; sus ojos lanzaban relámpagos y echaban á su enemigo miradas insultantes. Al mismo tiempo se dirigió hácia el coronel, que estaba delante de la puerta.

Pero Rawdon se precipitó sobre él, le agarró por la corbata, y lord Steyne sofocado se inclinó sobre sí mismo bajo aquella presión vigorosa.

— Mentis como un perro, le dijo Rawdon; mentis como un cobarde y un infame.

Y al mismo tiempo dió al noble lord tan furiosa bofetada, que el lord rodó por el suelo ensangrentado.

Todo esto habia tenido lugar antes de que Rebeca hubiera podido interponerse. A pesar del temor que la hacia temblar en todos sus miembros, admiraba á su marido en su vigor, en su energía y en su triunfo.

— Acercaos, la dijo Rawdon.

Rebeca obedeció.

— Quitaos eso.

Rebeca comenzó á quitarse los brazaletes y las sortijas que apenas cabían en su mano, y luego alzó los ojos á su juez como interrogándole con su mirada.

— Arrojad al suelo todas esas joyas del diablo, la dijo.

Rebeca las dejó caer á sus piés. Rawdon la arrancó tambien el broche que llevaba en el pecho y le lanzó á la cabeza de lord Steyne. El broche hizo al noble lord una herida en la frente cuya cicatriz conservó toda su vida.

— ¡Seguidme! dijo Rawdon á su mujer.

— ¡Ah! No me mateis, Rawdon, exclamó ella con voz suplicante.

Rawdon se echó á reír con risa convulsiva.

— Quiero saber si ese hombre ha mentido en lo que ha dicho del dinero, como en lo que ha dicho de mí. ¿Habeis recibido dinero de él?

— No, contestó Rebeca; es decir...

— Vuestras llaves, repuso Rawdon.

Y salieron juntos.

Rebeca le habia dado sus llaves, excepto una sola, pensando que no se acordaria de ella. Era la llave del pupitre que Amelia la habia regalado, y que tenia cuidadosamente oculto. Rawdon lo abrió todo registrando por todas partes. Al fin encontró el pupitre y mandó á su mujer que le abriera.

Este pupitre encerraba sus papeles particulares, cartas amorosas antiguas ya, y varios objetos menudos de uso femenino. Tambien contenía una cartera llena de billetes de banco; algunos tenían diez años de fecha, pero entre ellos habia uno reciente, el que la habia dado lord Steyne.

— ¿Es de lord Steyne? preguntó.

— Sí, contestó Rebeca.

— Hoy se le volverá, dijo Rawdon; pues ya comenzaba á rayar el día, porque se habian pasado algunas horas en aquel registro minucioso. Con lo restante pagaré á Briggs y las demás deudas; si algo sobra me direis adónde podré enviároslo. Me parece que habria podido sacarme de la cárcel.

— ¡Soy inocente! repeta Rebeca.

Pero sin añadir una palabra mas, Rawdon la dejó sola.

Los primeros rayos del sol penetraban entonces en el cuarto donde aquella mujer se habia quedado inmóvil, y alumbraban aquellos cofres abiertos, aquellos

vestidos dispersados por todo el aposento, aquellas plumas, aquellos chales y aquellas joyas, monton de vanidades que solo ofrecía un triste espectáculo de ruinas y de oropeles.

La cabellera de Rebeca caía en desórden sobre sus hombros, su vestido estaba desgarrado en el punto que ocupaba el broche de diamantes. Habia oído á Rawdon bajar las escaleras y cerrar la puerta; sabia que no volveria, que se habia marchado para siempre.

¿Pensaba en el suicidio? No podia ser; al menos hasta que no se hubiese batido con lord Steyne.

Entonces Rebeca pensó en su vida pasada, en sus aventuras, en las vicisitudes que habia atravesado. ¡Cuántas miserias, cuántas luchas para llegar á la desesperación y al abandono! No la quedaba otro recurso que el veneno para concluir con todas sus esperanzas, con sus intrigas, sus deudas y sus triunfos.

Entregada á tales reflexiones la encontró su doncella, una recomendada de lord Steyne.

— ¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido, señora? preguntó viéndola con los ojos encendidos y las manos crispadas en medio de aquella escena de desolación.

Lo mismo preguntaremos nosotros. ¿Qué habia sucedido? ¿Era culpable? ¿Era inocente? Segun ella era inocente; pero ¿cómo se puede suponer que salga la verdad de tales labios?

Su doncella cerró las colgaduras y la instó para que se acostara; Rebeca concluyó por ceder, y luego la doncella pasó á otro aposento y reunió todas las joyas que estaban esparcidas por el cuarto, desde el momento en que Rebeca se habia despojado de ellas por órden de su marido, cuando lord Steyne se escapaba de la casa.

LI.

CONSECUENCIAS DE LA BATALLA.

La casa que habitaba sir Pitt Crawley en Great-Gaunt-Street se hallaba en medio de sus preparativos del domingo cuando Rawdon penetró en el gabinete de su hermano.

Lady Jane, en traje de mañana, estaba en el piso superior ocupada en vestir á sus niños.

Rawdon se sentó cerca de la mesa del baron, que se hallaba cubierta de papeles, todos en el mayor órden.

En cuanto dieron las nueve, sir Pitt apareció en el umbral de la puerta de su despacho, vestido elegantemente; sus cabellos estaban bien peinados y perfumados, y bajo su bata de color de ceniza, llevaba el traje del noble inglés, que cuenta muchas generaciones de abuelos ilustres.

Al distinguir en su gabinete al pobre Rawdon con los vestidos en desórden, los ojos inyectados de sangre y los cabellos erizados, se figuró que su hermano salía de una orgía, y le dijo:

— Rawdon, ¿qué buscáis aquí á estas horas? ¿Porqué no estais en vuestra casa?

— ¡En mi casa! repuso Rawdon con una risa violenta; nada temais, Pitt; cerrad la puerta, tengo que hablaros.

Pitt cerró la puerta, se sentó en un sillón junto á su hermano, y comenzó á limarse las uñas con destreza extraordinaria.

— Pitt, exclamó entonces el coronel; estoy perdido sin remedio.

— Ya os lo habia pronosticado, respondió el baron; pero nada puedo hacer en vuestro favor, tengo comprometido todo mi dinero. Las doscientas libras que han servido para sacaros de la cárcel las habia prometido para mañana, y voy á encontrarme en un apuro... arreglaos por otra parte.

— No se trata de dinero, exclamó Rawdon con acento ronco; no vengo por mí, y no podeis sospechar el motivo que aquí me trae.

— ¿Qué sucede pues? preguntó Pitt respirando libremente.

— Vengo á reclamar vuestro apoyo para mi hijo, prosiguió Rawdon con voz conmovida; prometedme que cuidareis de él cuando yo no esté en el mundo. Lady Jane le quiere mas que su... ¡maldita mujer!... Pitt, ya sabeis que yo debí ser el heredero de miss Crawley; pero fomentaron mi pereza y aprobaron mis extravagancias... sin eso habria sido otro hombre. En el regimiento no me he portado mal; en cuanto á la herencia, ya sabeis adónde ha ido á parar.

— Despues de los sacrificios que he hecho por vos, repuso sir Pitt, me parece que esa alusion no está bien en vuestra boca. La culpa ha sido vuestra, no mia.

— Por esa parte todo está concluido ahora, dijo Rawdon.

Y pronunció estas palabras con un estremecimiento sordo que alarmó á su hermano.

— ¡Dios mío! ¿ha muerto alguien? preguntó el baron con inquietud.

— No existiria ya, continuó Rawdon, si no fuera por mi hijo; me habria saltado la tapa de los sesos despues de mi venganza.

Sir Pitt comprendió el misterio; conoció que Rawdon queria matar á lord Steyne. El coronel contó entonces á su hermano lo que habia sucedido.

— Ha sido una trama de los dos, dijo Rawdon; me prendieron, la pedí dinero, me respondió que estaba en la cama y que tuviera paciencia hasta el otro día; y al entrar en mi casa, de repente la hallé cubierta de pedrerías y acompañada por ese infame.

Y entonces le pintó con viva agitación su lucha con lord Steyne, añadiendo que despues de lo que habia



LA VISPERA DE REYES EN LA PROVENZA. — MUCHACHOS BAILANDO DELANTE DE LA HOGUERA.

pasado, no tenía mas remedio que 'batirse' con lord Steyne.

— Como el desenlace puede ser fatal para mí, añadió Rawdon con voz conmovida, y como mi hijo no tiene madre, quiero dejarle á vuestro amparo... aseguradme que le tratareis como si fuera vuestro.

Pitt se sintió profundamente conmovido; estrechó la mano de Rawdon con una cordialidad inusitada en él, y Rawdon enjugó sus lágrimas.

— Gracias, hermano mio, le dijo; tengo vuestra palabra, y esto me basta.

— Lo juro por mi honor, respondió el baron.

Rawdon cerró entonces la carterita que había hallado en el pupitre de Rebeca, y tomando unos cuantos billetes de banco, dijo á sir Pitt con una sonrisa amarga:

— Tomad cien libras para Briggs, que ha sido siempre tan buena con el niño... ¿No me creiais tan rico, no es verdad? Es el dinero que ella nos había prestado, y que yo siempre tomé con repugnancia. En cuanto á lo que queda... todo me lo guardé en el primer momento... se lo enviareis á Rebeca para que se gobierne con...

Y al hablar así tomaba en la car-

tera los billetes para entregarlos á su hermano; pero sus manos temblaban de tal modo, se hallaba tan conmovido, que la cartera se escapó de sus manos, y de ella salió el billete de mil libras, la mas terrible de las pruebas que hablaban contra Rebeca.

Pitt se bajó para recogerle, sorprendido con la importancia de la suma. (Se continuará.)

La vispera de Reyes en la Provenza y el día de Reyes en la Bretaña.

Hé aquí dos dibujos de actualidad: la vispera de la fiesta de Reyes en la Provenza y el día de Reyes en la Bretaña. La vispera de Reyes en la

Provenza es una fiesta de muchachos; salen en tropel recorriendo los montes, los valles y los campos, con teas en las manos, y encienden por todas partes grandes hogueras de paja. Cuando se han concluido las municiones ejecutan en torno de la última hoguera un baile muy alegre cogidos de las manos.

En el dibujo consagrado al día de Reyes vemos á dos aldeanos bretones en la taberna, partiendo la torta de los reyes, la torta de harina con miel que acompañan con unas copas de vinillo claro. El festin no es opíparo, y la torta no es un bocado de rey; pero para un campesino condenado á pan negro y duro todo el año, tiene cierto atractivo; á esto añadiremos que la torta se come á escondidas, lejos de la mujer, que no aprobaría esos excesos de comida y bebida.



EL DIA DE REYES EN LA BRETAÑA. — ALDEANOS BRETONES PARTIENDO LA TORTA DE LOS REYES.

El mercado de la Vallée en Paris.

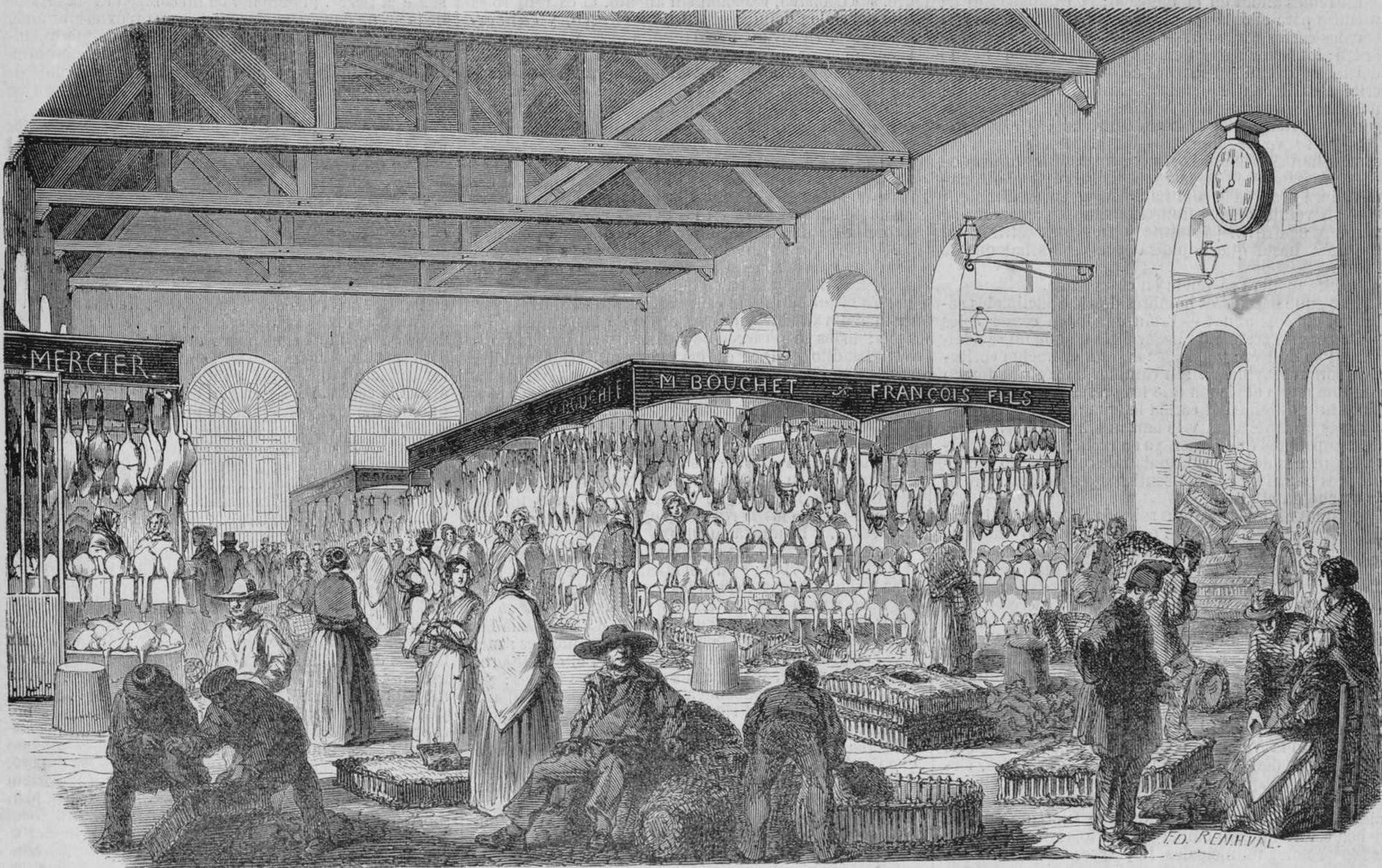
Este mercado donde se venden las aves y la caza para el consumo de Paris, y que debe desaparecer dentro

de dos años, tiempo que tardará en concluirse en los grandes mercados centrales el pabellon destinado al mismo uso, se edificó en 1809 sobre los terrenos que ocupaban la iglesia y el claustro de los Agustinos, de-

molidos en tiempo de la revolucion. Se llama de *la Vallée* (del Valle), porque en tiempos muy remotos, en la época de Felipe Augusto, el sitio que ocupa á la izquierda de la calle de Dauphine y cerca del puente Nuevo,



EL MERCADO DE LA VALLÉE, EN PARIS. — VISTA EXTERIOR.



EL MERCADO DE LA VALLÉE, EN PARIS. — VISTA INTERIOR.

era un valle donde se reunian ya entonces los campesinos que traian á vender sus aves á los buenos vecinos de Paris. A pesar de la fundacion del convento, á pesar de las construcciones que se fueron levantando en esa parte del Sena, el mercado siguió siempre allí recogién-

dose ó extendiéndose segun lo permitia el terreno, hasta que se elevó la construccion que se ve figurada en nuestro dibujo.

Además de las tres grandes galerías que constituyen el edificio principal, tiene por dependencias unos corra-

les donde matan y pelan las aves. — Hace veinte años el radio de abastecimiento de la capital se limitaba á los departamentos próximos; pero sucesivamente se ha ido extendiendo, á medida que los ferro-carriles llegaban á las fronteras, y hoy que se puede comer en Paris

un ave muerta la víspera en Toulouse, hay pocas localidades que se hallen en la imposibilidad de enviar aves á París.

Para dar una idea de la importancia de los negocios que se tratan en la Vallée, hé aquí el cuadro oficial de las ventas operadas en el año último:

Pollos.	2.754,412 piezas.
Pavos.	316,607
Calandrias.	1.350,925
Capones.	301,698
Perdices.	371,444
Faisanes.	12,970
Codornices.	21,162
Liebres.	154,997
Conejos.	1.445,169
Venados.	
Corzos.	4,297
Gamos.	
Total.	6,733,681 piezas.

Por los años de 1840 solo llegaban á la Vallée unos 4 millones de piezas. Desde entonces las llegadas han ido en aumento, y la diferencia en favor de 1857 sobre el año anterior es de 403,698 piezas.

Antes del establecimiento de los ferro-carriles, todo eso llegaba á la Vallée en una multitud de carros de toda especie; en los días de mercado (lunes, miércoles, viernes y sábados) se veían desfilar en una hilera inmensa hasta depositar en el mercado su humilde cargamento. Hoy vienen los artículos en grandes cestos numerados, que los empleados de los caminos de hierro han recogido la víspera en un trayecto de cuatrocientos ó quinientos kilómetros. Todos los bultos, además de una nota colocada en el interior con la designación exacta de su contenido, tienen en su tapa una doble indicación: el nombre del factor oficial encargado de la venta por el expeditor y las señas de este último, para que se devuelvan los cestos vacíos.

Los factores de que se trata aquí son nombrados por la Prefectura de policía; tienen que dar fianza y presentar sus cuentas á la autoridad. Ellos no mas pueden vender á pública subasta los artículos que llegan al mercado; ellos reciben el importe y le envían á su destino. En pago de sus servicios y responsabilidad perciben el uno por ciento del producto bruto de la venta. La villa percibe siete por ciento por derechos de puertas, y dos por ciento por derechos de plaza; de donde resulta que las aves y la caza que llegan al mercado pagan un impuesto de diez céntimos por franco.

Entremos ahora en el mercado; la campana nos da permiso para ello. Hasta ahora solo habían podido entrar los carros cargados. — Todo lo vemos en el mayor orden; los factores están en sus puestos, y desde lo alto del tablado dominan las olas de los traficantes; los escribientes tienen la pluma en la mano para tomar el nombre del comprador y la cifra de la venta; los pregoneros gritan en su tono acostumbrado.

¿Qué se vende ahora? — Un lote de doce pollos; apenas han sido expuestos, doce manos se apoderan de ellos y desaparecen en la muchedumbre; pero su examen dura poco, cada cual ha fijado ya su precio.

— ¡A veinte y cinco francos! grita el pregonero; ¡a veinte y cuatro!... ¡a veinte y tres francos!... y así continúa hasta que adjudica por una señal que le hacen.

De esta manera se vende en el mercado.

Pero ¿qué hacen esos hombres de pie é inclinados sobre un cubo de agua? — Están dando de comer á los pichones que acaban de llegar á fin de que no se adelgacen; su destreza y rapidez en esta operación caritativa son maravillosas. Sin cambiar de postura toman con una mano el pichón que les presentan, le abren el pico, introducen en él con la lengua algunos granos y algunas gotas de agua y le lanzan sin lastimarle entre los compañeros que tienen ya su ración correspondiente. En menos de un minuto dan de comer á 20 pichones; les pagan de 20 á 25 céntimos por docena, pero es de su cuenta el grano.

Digamos algunas palabras sobre la clientela ordinaria del mercado. — Compónese primero de los traficantes revendedores, ya en tienda, ya en los diferentes mercados de París y de las afueras. Vienen luego los fondistas de segundo y tercer orden, los bodegoneros, y por último los *raveux* y los *honillons*, que merecen párrafo aparte. Los grandes mercaderes de comestibles, los fondistas de primera clase, rara vez acuden á la Vallée; no quieren mas que piezas escogidas, y en el mercado todo se vende por lotes, y cada lote apenas contiene mas de una ó dos piezas superiores: ¿qué harían con lo restante? Prefieren recibir las piezas directamente del país y á su conveniencia.

Visitando la Vallée se comprende cómo los fondistas de París que dan comidas á treinta y dos sueldos, sirven á sus parroquianos perdices, liebres, pollas, etc. en todas estaciones; allí se ve á qué precio se obtienen las piezas cuando tocan á ese momento supremo en que deben ser vendidas ó embargadas implacablemente por los inspectores municipales. Hay veces en que una docena de codornices se compra por 25 céntimos.

Hemos prometido algunos detalles sobre los *raveux* y los *honillons*. Los primeros siempre en busca de los lotes de deshecho formados con piezas deterioradas por el viaje, éticas ó pasadas, no toman generalmente mas que lo que no quiere ningun patentado. Ellos saben dar á estas piezas cierto aspecto apetecible, y una vez que las han arreglado, toman un carreton y recorren

las calles de París ofreciendo al público gallinas y capones.

Al contrario del *raveux* que solo especula con las aves, el *honillon* no entiende mas que de caza. El *honillon* no abandona jamás su blusa azul; es su rótulo. Muchas veces el parisiense se encuentra en las calles con un aldeano que le ofrece discretamente una liebre, un par de perdices, una docena de alondras. Creyendo que es un honrado labrador de alguna aldea, el parisiense aprovecha la ocasión y hace la compra; pero no tarda en arrepentirse; al llegar á su casa conoce que su adquisición venia de la Vallée, y que el hombre de la blusa azul era un *honillon* que le ha engañado.

En los primeros días en que la caza está permitida, el *honillon* hace buenos negocios; se coloca en las barreras y en los embarcaderos de los ferro-carriles y espera á los cazadores. Pronto reconoce al infeliz que vuelve con sus polainas, su escopeta al hombro y su morral vacío, y que sin embargo ha prometido á sus amigos algunas piezas. El *honillon* es la providencia de estos infortunados; pues siempre tiene debajo de la blusa algunas perdices de venta. Desgraciadamente suelen estar pasadas, y el chasco es doble entonces para el cazador torpe.

Concluiremos reparando un olvido. Toda una nave del mercado de la Vallée está reservada á los revendedores, que despachan allí al pormenor, como en los otros mercados, las aves y la caza. Ahí acuden muchas personas, creyendo que hallarán las piezas mas baratas. En nuestro segundo dibujo se ve esta parte del mercado.

D. C.

LEYENDAS AMERICANAS.

GUACANAJARI.

(Continuacion.)

Caonabo vino á la primera luz, sus ojos brotaban sangre: su mirada era feroz: llegó hasta mí, silencioso y sombrío como la tempestad: empuñaba el arco de guerra. «Guacanajari, me dijo: el ángel malo ha tendido sus alas sobre Haití: Cacique, levanta el cuerpo y tu alma para luchar con el enemigo extranjero, que por la mar viene á sembrar de cadáveres la tierra de nuestros padres. El dios de las batallas enturece mi corazón: guerra, Guacanajari: empuña la aguda punta para herir de muerte, y que las orillas del mar se tiñan de sangre.» «Caonabo, respondí sin aliento, el extranjero es hijo del cielo; domina el trueno y el rayo, y es nuestro amigo. Tu rey le ofreció hospitalidad, y las osamentas de nuestros padres se estremecerían en el sepulcro si la traición se apoderara de mis entrañas. Caonabo, aquietate tu furor, vuelve á Cazibaxagua, y apacigua los guerreros. Vuelve á Amajuna y apacigua á los guerreros.» Caonabo inclinó la frente, y nublado el semblante de odio, se alejó de mi vista silencioso.

Al otro día el extranjero descendió de sus barcos: sus guerreros deslumbraban como la luz sobre la planicie de las aguas, como brilla el rayo de la luna formando escamas de oro en las noches apacibles en medio de la laguna. El extranjero clavó sobre la tierra su bandera: levantó un altar á su Dios; sus guerreros lloraban de alegría; el altar se envolvió en nubes de suavísimo olor, y el ruido del trueno saludó el sacrificio. Yo oí una armonía celestial, mas dulce que el gemido del ruiseñor y que el canto de las vírgenes de Haití; todos se pusieron de rodillas, y mi pueblo también bendijo al Dios de los guerreros. ¿Qué maldita fué la luz de aquel día!... Junto al altar estaba una mujer mas hermosa que el sol y que la luna; sus ojos dulces, como fuego eran ardientes, y como la mirada de la paloma; su frente serena como el cielo de la tarde; su boca encarnada como la flor del mamey; los dientes como la espuma del mar; sus cabellos, negros como el ébano, caían en dos trenzas hasta besar su cuello; era esbelta como la palma de la sabana (1), y sus manos hermosas como las flores del espinillo. Mi corazón se estremeció... y bendije á su Dios...

La mujer levantó los ojos, su mirada era cruel, reservada y soberbia: sobre el cuello llevaba perlas, negras como la noche y como los guaninos de Vagonóna. La miré con la ternura de mis entrañas, con todo el amor de mi corazón... cruzó delante de mí, como las nubes de color de rosa por encima de los montes; mis ojos la siguieron hasta la orilla del mar; el extranjero, acabado el ruego, volvió á sus grandísimos barcos; yo me encerré, envenenado ya por la desgracia, á llorar mi pesadumbre en el rincón mas oscuro de mi palacio de Marien.

Estaba ya para siempre triste mi alma: adivinando que iba á ser víctima de la fatalidad, habia maldecido el primer día de mi vida y el momento en que nacieron mis hijos; el aire me pesaba en el corazón, y mis pensamientos se nutrían en inquietud horrible; pero desde entonces aborrecí la luz que miraban mis ojos intranquilos... en todas partes me hallé solo; la noche perdió su calma para mí; el sol no tenia color, ni los campos flores: de mi espíritu se apoderó la melancolía lúgubre del sepulcro; el gemido del ave, el ruido monótono del torfente, el frío de la cueva de Cazibaxagua; era lo único que apetecía. Yo necesitaba morir... la muerte solo

(1) Lugar donde no crece árbol ninguno; en ellos suelen encontrarse alguna palma.

podía aliviar el dolor y desesperación de mis entrañas, porque las alas de mi corazón habian caído deshechas para siempre...

Así corría mi existencia... El extranjero pisaba la tierra de mis padres, penetraba en las cuevas sagradas, y en el recinto eterno del monte Coute, donde nacieron los hombres. Mis pueblos le daban sus hijas y sus mujeres, y el oro de los ríos y de Cibao. Ainaima, triste como el arrullo de la tórtola, se consumía de dolor, viendo el dolor de mis entrañas; dolor que la pobre desconocía, porque era buena y dulce como la miel de las abejas de Guanani: Caonabo y los guerreros de la sierra, llenos de odio, no descendían á la llanura aguardando la hora sangrienta de los combates; y los sacerdotes y las vírgenes se escondían en las cavernas solitarias de Cazibaxagua. El silencio y la tristeza reinaba en Haití.

¡Amargos recuerdos de la vida!... ¡aun despues de los siglos me despedazais el alma y me oprimis como una mano de hierro!... la imagen de la extranjera se habia apoderado de mi espíritu de un modo cruel; en todas partes la veía, envuelta en los rayos del sol, en los nublados, en la pálida sombra de la tarde, en la oscuridad de la noche, en el silencio de las cuevas, en el ruido del mar, en el furor de las tempestades; ¡en todas partes sus ojos me abrasaban clavándose en mis entrañas como una flecha encendida!... ¡qué grande fué mi delirio!... la vista de Ainaima me estremecía... me hablaba de espanto la sonrisa virginal de sus inocentes hijos; porque yo adoraba la extranjera con el amor del delirio; con el entusiasmo omnipotente del genio, y en el seno mismo de la muerte la hubiera buscado convertido en lágrimas: la amaba mas que á mi vida, mas que al sepulcro de mis padres... que á mis hijos, que á la patria misma... con el frenesí de la locura, con la pureza de la virtud, con la timidez de la inocencia, y sin embargo, mi amor era ingratitud, y horrible crimen que estremecía y espantaba mi corazón...

La extranjera huía de mis ojos, y la afligía la palidez de mi frente y el dolor de mis miradas; su espíritu era de águila, y su corazón duro como la piedra que se ennegrece á las orillas del mar... Una noche estaba sentada delante de mí; trémula como la hoja del árbol: la luna rielaba en los mares y tendía la luz sobre su frente, mas hermosa que la estrella rutilante de la mañana: la extranjera fijó sus ojos sobre mis ojos arrasados en lágrimas de ternura; me miró como la fiera, sonriendo con la tristeza amarga y desconsoladora de la desgracia: en sus cabellos negros como el ébano tenia una gardenia blanca como la inocencia; de allí la desprendió su hermosísima mano; sobre ella derramó su aliento, la tocó con sus labios, y luego la dejó caer sobre la tierra. ¡Pobre flor de mi corazón!... la levanté de la arena devorado por la fiebre en un éxtasis de amor infinito... la regué de lágrimas, la cubrí de mis amantes besos, y la guardé en el pecho al calor de mis entrañas... Ella me acompañó en la soledad del sepulcro: ¡pobrecita flor!... ¡qué desgraciados fuimos los dos en los días de la vida!

¡Qué impenetrables son los arcanos del Señor, Dios del mundo y de la eternidad!... ¡qué impenetrables! ella no queria amarme, su frente tambien habia palidecido... su semblante estaba mustio como las flores marchitas por el sol... era muy infeliz; en la oscuridad de la noche derramaba lágrimas que abrasaban la frescura de sus mejillas, y apagaban el brillo celestial de sus miradas... ¡ay! qué recuerdos tan llenos de luto y de amargura!... ¿porqué no quiso Dios que naciera en Haití?... La orilla del mar estaba solitaria: el sol iba á esconderse en el horizonte; sentado sobre una roca pensativo, fijos los ojos en la onda azul, que llegaba á perderse en las arenas, como en el mundo los años de la vida, pensaba en la muerte... en la muerte, consuelo de los afligidos y dulcísima á mi dolor... Oí el eco de una armonía celestial... ¡creí que era la voz de mi madre que me llamaba del sepulcro; era el canto de la extranjera que lo envolvía la brisa en el perfume de flores!... «¿Porqué te ví, Guacanajari? decía anegada en lágrimas... yo soy madre; ¿quieres que manche el tálamo del padre de mis hijos?... mi corazón te ama... el aire que tú respiras necesita respirarlo mi espíritu para vivir... me nutro de suspiros... ¡tú eres el suspiro mio!... nacimos para apurar la hiel de la vida... te amo como al ángel de la luz... pero el arco iris nos separa, y á nuestros pies abre la mar sus abismos... te amo, Guacanajari, para unirnos en el cielo por una eternidad.»

Concluyó el canto, y senti erizarse mis cabellos: el frío de la destrucción se apoderó de mi alma. Es necesario morir, dije, sin verter una lágrima y sin apartar los ojos de las ondas del mar que abrian á mi vista su inmensa tumba. ¡Adios Marien! ¡adios Haití!... ¡adios mi pobre Ainaima!... murmuré ahogado por el dolor... y sentí una mano fría y temblorosa que descansó sobre mi cabeza... alcé los ojos cadavéricos en mi última angustia; sobre ellos cayó una lágrima de fuego que me abrasó la vida en el momento de desprenderse el alma de mis entrañas. La extranjera besó mi frente; recogió en sus labios mi último suspiro, y yo caí moribundo sobre las rocas...

II.

AINAIMA.

¿Porqué no han de acabarse todos los recuerdos en la oscuridad del sepulcro? ¿Porqué ha de vivir lo que pasó al través de los siglos que marchan sin término y como las nubes que se amontonan y caminan atropellándose, impelidas de las tempestades?... Todo de-

ja en la tierra su memoria: ni una arena es arrastrada por los vientos; ni una flor cae del árbol donde nace; ni una onda del mar llega á la orilla en medio del flujo y del reflujo á desvanecerse misteriosamente, sin que lo disponga la voluntad de Dios, que todo lo tiene previsto y lo señala con su dedo en el libro infinito de las generaciones, de los espíritus y de las cosas: por eso los días de mi triste vida pasaron quedando señalados con lágrimas para todas las edades... ¿Qué raza de hombres verá la luz en las fértiles y risueñas colinas de Haití, que no fije sus ojos apesadumbrados en las ruinosas y olvidadas piedras de mi palacio de Marien?... Tú, que has levantado mi cabeza del sepulcro y haces flotar mis cabellos movidos por el aire embalsamado de la noche, que refresca mis sienes, consueta el dolor del dolor mío, que no es igual á ningún dolor del espíritu del hombre.

Yo hubiera querido acabar para siempre en la roca de la orilla del mar, ¡porqué las alas del ángel de la muerte no quedaron tendidas sobre mí por una eternidad!... Paralizada mi sangre, mis ojos se cerraron: con el último aliento se llevó mi espíritu el ángel del sepulcro. El beso de la extranjera que abrasó mi frente, acompañaba mi alma, desprendida del cuerpo, que se perdía en el espacio azul... ¡Dios mío! yo sentí el frío de la muerte ampararse de las arterias de mi corazón; pero aquel beso estremeció mis entrañas y no me dejaba morir... Tendido sobre las rocas y sin oír el ruido lúgubre de las ondas, se apoderó de mí la oscuridad de la noche, y la insensibilidad de la materia. ¿Porqué desde aquel día, las alas del ángel del sepulcro no quedaron tendidas sobre mi frente por una eternidad?...

El silencio reinaba en las peñas y recostaba el mar su onda tranquila en la extendida y solitaria playa; la brisa empujaba los celajes hacia Oriente; la luna se escondía en el horizonte: entre la oscuridad se levantó la sombra de una mujer blanca como la espuma del mar y melancólica como la luna; paso á paso atravesó la llanura; traía desordenados los cabellos; los ojos lánguidos y arrasados de lágrimas, ¡pobre Ainaima!... eras tú que desde la orilla oíste el sonido lastimoso del arpa; la voz de la extranjera había llegado á tu corazón, para herirlo mortalmente, como el huracán despedaza los montones de nubes, y como el rayo del sol marchita las delicadas flores del tamarindo. Y así como el águila guarda desde la altura el nido de sus tiernos polluelos, tú viste la boca de aquella mujer llegar hasta mi frente, y sus lágrimas que se derramaron sobre mi cabeza, cayeron gota á gota y como chispas encendidas, y amargas como la hiel y como el veneno de la serpiente, sobre tu despedazado corazón...

La extranjera que estaba á mi lado llena de angustia alzó la cabeza y vió á Ainaima adelantarse; y como el temeroso pájaro de la noche, huye al ruido de la mar que azota la playa y se estrella espantosa entre las aberturas de las rocas, así saltó despavorida de piedra en piedra hasta desaparecer á lo lejos. Ainaima llegó hasta mi cubierta de palidez: la luna derramaba su luz de oro sobre su triste frente; su lastimoso suspiro estremeció mis entrañas heladas por la ingratitud; su mano cariñosa abrigó mi cabeza en el calor de su seno infeliz... «Guacanajari, me dijo anegada en lágrimas, Vagoniona me trajo á las orillas del mar buscando el ángel de mi vida, abre tus ojos y mírame, porque el dolor consume mis entrañas.» Mis oídos escucharon sus trémulas palabras; pero mi espíritu estaba lejos del corazón; la infeliz viéndose morir, despavorida, lanzó á los aires su grito, que resonó en los mares, conmoviendo las mismas rocas; lo oyeron mis guerreros y Caonabo llegó hasta la orilla, me levantó en sus brazos, maldiciendo el destino de los reyes de Haití, y como un cadáver me llevó por las montañas hasta los umbrales de mi palacio de Marien...

Aquella noche la borró el ángel de los días de mi existencia, porque en toda ella no tuvo calor mi sangre, ni pensamientos el alma: por la mañana abrí los ojos; la sed y la fiebre me consumían: junto á mi hamaca estaba Ainaima, la cabeza caída sobre el pecho, amarilla como la cera: fijé en ella mis lúgubres miradas: apenas respiraba la infeliz, ni un suspiro salía de su corazón... Caonabo estaba á su lado, taciturno como el ave que se alimenta de carne: tenía la vista colorada como la luz del sol al ponerse en medio de los mares. — Ainaima, dije, tendiéndola mis brazos; y como el ruiseñor que se ahoga de sed cansado de volar, halla al huir el día la fresca corriente en las profundidades del Cibao, así se acercó á mí voz de la desgraciada... ¡pobre alma mía! repetí exhalando un suspiro, mis ojos le dimieron la amargura profunda de mi dolor; dos lágrimas de fuego rodaron de los suyos llenos de melancolía, ¡ay!... el destino, rompiendo las alas de mi corazón, había envenenado para siempre la existencia de mi pobre Ainaima...

La fiebre me consumió durante muchos días; postrado, sin aliento, tendido en la hamaca de los reyes de Haití estaba el cuerpo de Guacanajari; pero mi espíritu, envuelto en el perfume de las flores, había subido á los cielos á confundirse con el rayo de la luna; mi espíritu no estaba alentando al corazón: yo no sentí ni el dolor, ni el placer; los ojos no veían el sonreír apacible de mis tiernos hijos que ponían sus manitas cariñosas sobre mis labios, ni los oídos escuchaban el lento y temeroso gemido de Ainaima — el espíritu había abandonado el cuerpo, porque el dios de mis abuelos había querido purificarlo...

En aquel parasismo mortal, siete veces la luna cruzó por el cielo acompañada de la estrella de oro que ru-

tila enamorada de su luz cándida y trasparente, como el alma de Ainaima — siete veces antes de llegar la mañana se reunieron la amargura, la tristeza y la desesperación, genios tutelares de la espléndida noche, y esparcieron su veneno, y las sombras enlutadas, y el frío de la densa oscuridad por el haz de la tierra: siete veces salió el sol de la profundidad de las aguas, y mi espíritu todavía divagaba en el éter del espacio, envuelto en el canto lastimoso de la extranjera, confundido con el rayo de la luna, rodeado de las sombras de mis abuelos, y regado por las amorosas lágrimas de Vagoniona y de la diosa de los mares, padres de mi generación.

Al octavo día, la luna dejó de aparecer; mi cuerpo sintió el espíritu que había vuelto á animar el corazón y ¡abrió los ojos!... Ainaima estaba sentada sobre el banco de oro de los reyes, el codo colocado en la rodilla, la barba sobre la mano descarnada por el sufrimiento; los labios pálidos, los ojos sin brillo y con el mirar lánguido de los últimos momentos de la vida; ambas sienes señaladas por el dolor... Ainaima no había probado el alimento, ni apagado la sed que la devoraba en los días de mi enfermedad; aquel cadáver de la mujer que idolatró mi vida, era el ángel á quien Dios encomendaba mi espíritu; pero mi espíritu había desgarrado las telas de sus entrañas, ¡pobre Ainaima!... mi bendición nunca se extinguirá; ella acompañará tu memoria al través de los siglos, porque la gratitud nunca acaba: vive como el día en que nació, y se trasmite de generación en generación... ¡ay! la gratitud es la eternidad, donde pasea sus ojos misericordiosos el Señor del mundo...

Cuando desperté de aquel morir extraordinario tuve miedo: probé el remordimiento, para mí desconocido hasta entonces, porque ni una sola crueldad había manchado la pureza de mis pensamientos. Ainaima estaba arrodillada á mi lado: mis dos hijos ahogaban sus infantiles gemidos, para no mas afligir mi pesadumbre: los Butios celebraban funerariamente la última ceremonia de la vida, y levantaban la cuchilla del sacrificio preparada ya para tronchar mi cabeza (1). Caonabo, Manicate, Boechio, todos mis capitanes, y los sabios y las vírgenes, rodeaban mi lecho y rogaban al Tzmes de mis padres para que llevara al dios de Haití sus quejumbrosas plegarias; el tambor sagrado resonaba estrepitosamente en mi recinto, y el butio, jefe de los sacerdotes, dividiendo la torta de cazabe, la repartía entre los príncipes: de mi sangre: Ainaima, de rodillas en un rincón de mi palacio, lloraba silenciosa; el abatimiento descuyuntaba sus huesos; su mirada era lúgubre. Volvió á sentarse en el banco de oro de los reyes, y exhalando un suspiro dejó caer sobre el pecho la cabeza.

Apenas salió del estupor de aquella fiebre cuando vi que Caonabo fijó su torla mirada en las puertas de mi palacio: luego entreabrió los labios con la rabia de la Utia (2), gimiendo como el caiman entre los juncos del yaquí, cuando quiere devorar un hombre; los caciques se estremecieron: los ojos de Ainaima se dilataron como la pupila del pájaro de la noche en medio de la oscuridad; su frente se cubrió de pavor, iba á caer como la flor de la yagruma (3), cuando el jaguei (4) la entrelaza para matarla: yo encogí los miembros entre la hamaca, y mi espíritu se escondió en el fondo del corazón. — «Rey Guacanajari, te traigo la salud» me dijo Colon que entraba por mi puerta, como el sol por la garganta del monte Cauta, cuando sale cubierto de rayos de las espumas del mar. Seguía sus pasos la extranjera descolorida como la hoja que marchita el viento; en sus manos traía una piedra del color del agua, que el señor de la luz trasapaba con sus rayos, y en ella encerrado el sonido y una esencia del cielo para apagar el ardor de la sangre de mis venas: Ainaima la miró y dejó caer de nuevo la cabeza sobre el pecho. — Caonabo y los caciques rodearon mi hamaca: Colon me dió su mano de hierro; la extranjera llevó á mis labios el remedio dulce como la Guanabana (5) que calmó mi sed y embargó con el sueño mis sentidos.

La furia de los celos brillaba en las miradas centelleantes de Ainaima. — La extranjera fijó en ella sus ojos de águila, negros como el pesar que la consumía, sintiendo su dolor porque era buena... «Mujer del cielo, le dijo entonces Ainaima con la frialdad de la muerte, ¡ojalá que tu corazón se convierta en hiel amarga, y lo derrita la ingratitud y lo haga cenizas la maldición del Tzmes!» Entre mis sueños oí sus palabras acibaradas por el odio, y me estremecí: los butios la escucha-

(1) Antes de morir el rey se verificaba esta horrible ceremonia, repartiendo primero entre los parientes y caciques la torta de cazabe, y entonando lúgubres canciones acompañadas del sonido del tambor colocado en la sala del moribundo.

(2) Especie de ratón salvaje del tamaño del conejo: se cria en la espesura de los montes, y se alimenta de frutas y raíces, vive en las copas de los árboles; los naturales después de muertos los secaban al calor del fuego, y era carne que conservaban largo tiempo y comían con sumo placer.

(3) Árbol corpulento, de una gran elevación, de mucha sombra; la hoja es pequeña y de un color claro; abunda en los montes y orillas de los ríos; en la primavera se cubre de flores.

(4) Jaguei; bejuco que abunda en las selvas; se entrelaza á las yagrumas y cedros, hachanas y palmas: los indios lo tenían como el símbolo de la ingratitud; porque una vez que se enredaba á los árboles, era tal la fuerza de sus ramas que acababa por secarlos.

(5) Guanabana, árbol que produce esta fruta: tiene un color verdoso, es casi del tamaño del melón; la piel es muy blanda, y encierra dentro una sustancia blanca, glutinosa y dulce como el azúcar.

ron temerosos y miraron con los ojos de través: la extranjera, inmóvil frente de mi hamaca, como el espíritu de la venganza sin abandonar la víctima, sonreía en medio de la desesperación. Mi alma y su alma estaban unidas por una eternidad: sentí en mis sueños que su boca temblorosa besó mi boca enamorada: la palidez del pudor hacia languidecer sus ojos embriagados de celestial ternura, mientras envolvía su espíritu con mi espíritu un éxtasis de amor infinito; pero en mi delirio oí la voz de Ainaima que me llamaba lentamente desde el sepulcro... ¡qué lastimosos son estos recuerdos, y qué enlutados y cubiertos de lágrimas vienen á devorar mi memoria!...

Después de crueles dolores, volvió la fuerza á mis miembros: la mano empuñó de nuevo el arco; crucé las montañas; me sumergí en las corrientes á luchar con el caiman; sacudí la debilidad del cuerpo; pero mi espíritu taciturno no amaba la vida, era un peso que deseaba depositar en el sepulcro: desde mi enfermedad no volví á ver á la extranjera, ni llegué á las orillas del mar: cuando las ví de nuevo, encontré surcada la tierra y dominada la playa por una eminencia (1) cubierta por todos lados de máquinas para lanzar el rayo. Colon, al verme llegar allí, salió de sus barcos y me dijo: «Dios te guarde, rey Guacanajari, voy á partir; te dejo treinta y nueve de mis guerreros, trátalos como á hermanos; ellos te defenderán contra Caraibi, tú serás invencible, porque los rayos de su furor despedazarán tus enemigos.»

Yo bendije la palabra de sus labios, y en prueba de mi ternura y lealtad le di un vástago de mi sangre para que lo acompañara en medio de los mares; le prometí mirar sus guerreros como á mis propios hijos, y el Dios de Haití me prestó aliento para sostener mi promesa hasta que bajé al sepulcro en medio de los mayores martirios; «no te lleves á la extranjera, porque vas á matarme,» iba á decirle, cuando los ojos de aquella mujer idolatrada penetraron en mi alma como un rayo para apagar la palabra de mis labios — ¡última mirada que ha acompañado mis huesos en la soledad del sepulcro, y que ha alumbrado la oscuridad de eterna noche!... ¡Cuando despierto después de los siglos para llorar los días de mi triste vida, aun te veo derramando tus rayos sobre mi frente, y abrasándome con la ternura inexplicable de tu amor desesperado!...

Por fin, sus naves se alejaron de las playas de Haití, confundiendo lentamente en el horizonte, como se pierde la memoria de los hombres en el mar incansable y eterno del olvido: yo quería desde la orilla penetrar por las nubes salvando la distancia, y con los ojos seguir hasta lo infinito la sombra de aquella mujer; pero mi vista tropezaba con el velo del horizonte tejido de nubes espesas, y con la incierta y misteriosa sombra de la tarde que no me dejaba llegar mas allá... Mi pueblo, que había descendido de las montañas á decir adiós al extranjero, se retiraba silencioso por las orillas del mar: yo me senté en las rocas solitario y acompañado de todos mis recuerdos, y del dolor eterno que sentía en las fibras del corazón y de la memoria dulce de aquella mujer que era el alma de todos mis pensamientos. «Ella volverá, decía, fijando los ojos en el cielo, donde todos los desgraciados hallan consuelo, y los ingratos y perversos el aspecto terrible de la justicia, que misteriosamente los estremece rechazando sus delitos:» así rechazó el cielo mi plegaria y bajó la cabeza, y reconcentrado en mi angustia me alejé de la playa...

Llegaba á mi palacio, cuando la noche descendía del caos impenetrable y sublime de las cosas eternas, que no sabe el espíritu ni dónde comienza ni dónde acaba; pero que tiene su principio y tendrá su fin, como todo lo que nace y muere á la luz incomprensible del sol. El cielo estaba trasparente y tachonado de luceros rutilantes: parecían las estrellas copiosísima lluvia de gotas de fuego; la melancólica luna en medio del horizonte, reina del vasto mundo de las sombras, tendía su luz de plata sobre la rizada y cristalina espalda de los mares, alumbrando con faz serena las selvas vírgenes y las dilatadas sabanas; la brisa perfumada por el suavísimo olor de los árboles, de las yerbas y las flores, refrescaba el delicioso ambiente; todo era silencio: solo el canto del ruiseñor se oía á lo lejos: aquella noche era la mas hermosa y apacible de cuantas vieron mis ojos... ¡Dios mío!... ¡qué imperturbable y con qué frialdad presencia la naturaleza el dolor y la alegría de la humanidad, sin castigar al malvado en medio de sus crímenes, deshaciendo su cuerpo en el aire como el perfume de las flores, sin defender al inocente que perece cubierto de lágrimas, sosteniendo heroicamente la virtud del alma hasta mas allá de los umbrales del sepulcro! ¡Siempre impasible el mundo sin estremecerse nunca, y encerrando en sus entrañas de barro las generaciones inmensas de los hombres!...

(1) Fortaleza que construyó Colon en la orilla de la mar, con los pedazos de la Santa María que se salvaron del naufragio, rodeada de un profundo foso y defendida por las bombardas; en ella dejó treinta y nueve hombres escogidos al mando de Diego Arana, á quien concedió poder absoluto. Para reemplazarle en caso de muerte, señaló á Pedro Gutierrez y á Rodrigo de Escobedo. Entre aquellos soldados había sastres, zapateros y carpinteros; les dejó también viveres y vinos y varias clases de granos para la siembra, recomendándoles de vivir bien entre sí, y en buena paz con los indios. Al establecerlos en la fortaleza, llamó á Guacanajari, del que se despidió diciéndole á Diego Arana que lo defendiera de sus enemigos; en cambio Guacanajari prometió al almirante que miraría á los españoles como á sus hijos, y en prueba de amistad le dió uno de sus parientes para que le acompañara en su viaje; dando á la vela el 4 de mayo.

Iba á poner los piés en el umbral de mi palacio cuando un lamento doloroso abrió mis oídos: volví los ojos, y entre los tamarindos (1) ví á Ainaima asentada sobre el sepulcro de los reyes. Dirigi á ella mis pasos: « ven, Guacanajari, » me dijo con voz lastimosa y como si saliera del fondo del sepulcro; me detuve en su presencia cubierto de vergüenza; y cruzando los brazos sobre el

(1) Tamarindo, árbol corpulento, de hoja muy menuda y que extiende sus brazos formando tienda, donde se guarecen los indios de los calores.

pecho, aguardaba que su labio acusara mi espantosa ingratitude delante de las sombras de mis abuelos: la pobre fljó en mí sus ojos cadavéricos, donde brillaba la ternura lúgubre de la muerte, y exhalando un suspiro que desgarró mis entrañas, me tendió su temblorosa mano abrasada por la fiebre, y me dijo con voz humilde y quejumbrosa, entrecortada por los lamentos.

« Te he aguardado; creí que no venias, y que iba á descansar para siempre la cabeza sobre la piedra funeraria, sin decirte el último adios de la vida; voy á mo-

rir, Guacanajari; perdona si los labios de la angustiada Ainaima lastiman por última vez tu corazón; sé que eres muy infeliz, pero voy á morir... Oye el último adios de la pobre mujer que tanto te ha querido y que va muy pronto á encerrar en la oscuridad del sepulcro el dolor de sus entrañas, para que sus lágrimas no te entristezcan mas, alma del alma mia... :

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

(Se continuará.)

Círculo de Sukahras (Argelia). — Estacion de garañones de tribus en Ain-Guettar.

La organizacion de los garañones de tribus debida al mariscal Randon, gobernador general de la Argelia,

ha tomado un desarrollo extraordinario, y casi podríamos asegurar que ha llegado á su perfeccion.

En el círculo de Sukahras es donde mas ha progresado la institucion; las tribus poseen allí diez y seis



CIRCULO DE SUKAHRAS. — ENTRADA DE LA ESTACION DE LOS GARAÑONES DE LAS TRIBUS DE AIN-GUETTAR.

caballos y diez borricos-padres. Estos animales, todos superiores, se mantienen cuidadosamente en el círculo; en la primavera los reparten en las diferentes estaciones en medio de las tribus, donde permanecen mientras dura el tiempo de la monta. Damos dos dibujos de una de las estaciones mas pintorescas, la de Ain-Guettar, y completaremos con la descripcion lo que falta en esas vistas.

En medio del vasto territorio montañoso que constituye el círculo de Sukahras, y que un viajero inglés llamaba últimamente la Suiza argelina, se extienden á lo largo del río Medjerda (el Bagrada de los antiguos), magníficas mesetas con muchas ruinas romanas.

Era la parte mas hermosa de la Numidia de Massinissa; así una porcion de cadáveres de ciudades inmensas yacen en la tierra atestiguando el esplendor pasado del país.

De Ain-Guettar se descubre la antigua Madaura donde san Agustin hizo sus estudios en tiempo de Apuleo; y Taura, llamada en otro tiempo Thacora, donde se ven unas termas con una dedicatoria en honor de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Al Oeste se descubren las crestas elevadas del Meid, de la Mehabuba y del Dekma, á cuya falda se desarrolla la ciudad nueva de Thagasta, que dió nacimiento á san Agustin.

Al Este se distinguen, sobre la frontera de Tunez, los vestigios de Naraggara, dominados por las cuevas en donde se dió la batalla de Zama (202 antes de J. C.).

Mas arriba de las fuentes se eleva el fuerte de la zma-la del 4º escuadron del 3º regimiento de spahis.

El banco de rocas tiene á su lado una especie de circo natural que comunica con el exterior por medio de una ancha abertura; allí se halla establecida una estacion de garañones de tribus.

El primer dibujo figura el paso que conduce á ella, cerrado en el fondo con una verja rústica por donde se entra á la estacion.

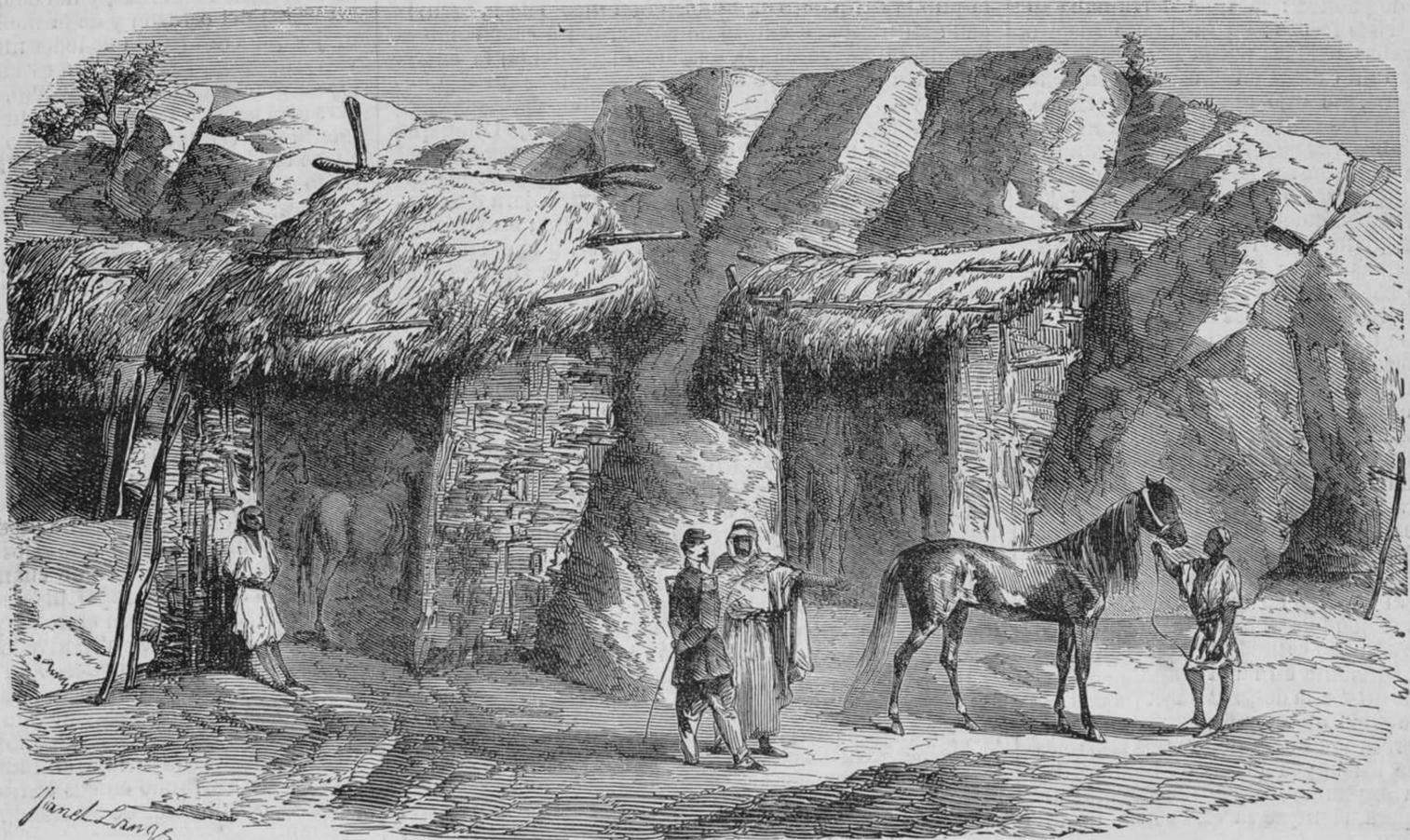
El segundo dibujo presenta el lado Norte interior.

Cada animal tiene su compartimiento cubierto; habiéndose aprovechado la disposicion de los lugares para construir estos compartimientos en los sitios vacíos y cómodos que forman las irregularidades de las rocas. El suelo está cubierto de arena menuda. Se tiene el mayor cuidado con los animales reproductores.

En el interior de este circo los garañones se hallan al abrigo del viento y de los ardores del sol.

Todas las mañanas desde el amanecer, una afluencia considerable de indígenas llega á la estacion pidiendo garañones que se entregan gratuitamente, puesto que son propiedad de las tribus.

Las montas se han elevado este año en el círculo de Sakahras á 2,099.



PARTE NORTE DE LA ESTACION DE LOS GARAÑONES EN AIN-GUETTAR.

Cerca de las ruinas está la meseta en que puso su campo Escipion la víspera de aquella gran jornada.

El horizonte se termina por los planos sucesivos de las montañas de Tunez.

En el centro de ese país tan lleno de recuerdos y en la region de lo que llaman las Mesetas, hay un banco de rocas que tiene dos fuentes abundantes. Es Ain-Guettar.